

860-11066 Falquez
1919
p. 3

F. J. FALQUEZ AMPUERO

GOBELINOS



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 7046	AÑO 1997
PRECIO	DONACION

0002339 - J

QUITO

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1919

Obra enviada por la Imprenta Nacional a la Biblioteca Nacional, el 1° de Setiembre de 1919.

JOSE MARIA DE HEREDIA Y LOS PARNASIANOS

Al hablar del arte literario, bien se puede adoptar el célebre axioma de Lavoisier cristalizado en esta breve fórmula: En la naturaleza nada se pierde ni se crea: todo se transforma. La observación profunda de esta cabeza que tronchó en flor la guadaña del terrorismo revolucionario, descubrió las sublimes metamorfosis de la vida universal, ocultas hasta entonces a las miradas de la ciencia por las sombras caliginosas de la muerte absoluta de la materia, que la concepción teológica de la Edad Media consideró un castigo impuesto por causa de la infracción del primer hombre al mandato divino. Y esta doctrina reaccionaria y blasfema era una dementida a la existencia del Progreso, una injuria grosera al mismo Dios que guía los pasos de la humanidad hacia civilizaciones desconocidas, pero con una dirección conocida sólo por El. Debía, pues, decaer fatalmente tal doctrina, como todo lo que pugna con las leyes generales de la evolución, como

todos esos signos y formas inaptos del Pasado que se divorcian de la verdad para convertirse en teorías de impracticable aplicación.

El sabio francés dió al mundo un concepto grande y humano de lo que es la Muerte, enseñando en medio de una sociedad convulsionada por la crisis de un maravilloso alumbramiento, que ese temido trance no es una pena ni obra de un hado malféfico, sino una necesidad natural de los organismos hondamente trabajados en una actuación fecunda. Todo esto que presintió el espíritu griego con su admirable buen sentido, lo sintetizó Lavoisier, abriendo así nuevos y dilatados horizontes a la experiencia, y derramando—¿por qué no decirlo?—un racional alivio en las heridas morales del hombre que, desde entonces, sabe que la fosa es un surco de vital germinación, donde se acendra la belleza en formas imperecederas.

Un discípulo de la escuela del Parnaso, un amigo de José María de Heredia, ha traducido con superior poesía este pensamiento de Lavoisier en una de las encantadoras composiciones de su libro inimitable "La Vie des Morts", como vamos a verlo:

La nature a ses jeux sans nombre s'assouplit:
Chaque accident trahit le germè qu' il recèle,
Et comme un ruiseau court partout ou s' ouvre un lit,
L' Ame vient habiter chaque forme nouvelle.

Une parte de cette áme errait dans le tombeaux,
Fuyant les noéuds rompus de la chair deliée:
Un vent mystérieux la prit a ces lambeaux,
Emportant le secret de la Forme oubliée.

Et, dans ses renouveaux étranges, inouis,
Cettè áme des tombeaux garde, pour la pensée,
Un souvenir flottant des corps évanouis,
Comme une empreintè vague et par l' agè effacées.

Partamos de un hecho incontestable: "El mundo marcha"... Es un loco o un taimado el que dice no percibir ese mágico temblor perenne semejante al del carro de llamas de Ezequiel volando por lo abierto... La Naturaleza ha progresado y continúa su obra de perfeccionamiento al través de los siglos. Cada aurora que aparece en Oriente alumbraba un nuevo engendro: la Ciencia lo comprueba. El suelo precedió a la planta en virtud del axioma que coloca la causa antes del efecto, es decir, el mineral es primero en el plan genésico que el vegetal. Esto es ya un adelanto, un paso más adentro en la existencia del sér organizado, circunscrito, individual. Luégo se presenta una forma más noble, más compleja, una manifestación de vida superior, una personalidad en toda su magnífica amplitud: el reino Animal. De este punto de partida, hasta llegar al hombre dotado de inteligencia, hay una distancia enorme, ha actuado un trabajo interior sorprendente, divino a fuerza de ser recóndito, complicado, fructuoso. ¿Cuánto faltará todavía para alcanzar el resultado final, la Humanidad? La Naturaleza, dice Goethe, en el desarrollo orgánico de los seres, marcha sin detención ni descanso, y condena lo que tiende a retardar su movimiento. En presencia de tan asombrosa ascensión, de tan lógica gerarquía, no cabe dudar del Progreso, que es un caudal inextinto de savia de ideas que al contacto del oxígeno del medio, derrama la vida en reflorecimientos eternos...

Siguiendo las orientaciones del espléndido proemio de "Cromwel", que es la más radiante bandera

de la libertad literaria, son tres las grandes etapas de la civilización a las que va unido el desarrollo de la Poesía en el mundo: Primitiva, Antigua y Moderna. Hablaremos de cada una de ellas, aunque sea someramente.

Antes que ninguna acción humana hubiera aparecido en el mundo, dice Edgard Quinet, comentando el libro hermoso y profundo de Herder titulado "Ydeas sobre la Filosofía de los Anales de la Humanidad", las cadenas de montaña, los valles, las playas y los ríos marcaban ya con rasgos distintivos e imperecederos la fisonomía futura de la Historia. Las acciones se presentaron cuando ya hubo un teatro aparente para ellas, y a la manera de un nuevo reino de la naturaleza, con sus armonías, sus contrastes y su esfera de actividad determinada. El movimiento en el universo moral es tan compasado, los fenómenos son tan coherentes, que pasando de la ciencia de las cosas a la de las obras de la voluntad, se ve el mismo orden bajo formas más elevadas, la misma estabilidad dentro de analogías más excelentes; en resumen, todo un sistema de leyes que se cumplen con la regularidad que caracteriza a las del mundo físico. Así, cuando el hombre despertó a la existencia, cuando le llegó el turno de entrar en ella, quedose deslumbrado ante el espectáculo que contemplaban sus ojos como nacido ese día, y en el pecho del nuevo sér, virgen de efectos, se alzaron las sensaciones en brote súbito que la ebriedad de la visión convirtió en himno.

Pero el canto primitivo era sólo un éxtasis continuado; un salmo uniforme entonado a la hermo-

sura de la naturaleza y a la omnipotencia de Dios, cuando no era una elegía desgarradora a los peligros e infortunios que cercaban al hombre que, como esclavo de la idea de causalidad, atribuía a la misma Potencia que lo amedrentaba, los grandes beneficios del fuego, las bellotas y el agua. En la lira del primer poeta había apenas dos cuerdas: la Divinidad y los Elementos. El poema tenía que ser de lo más sencillo, como que reunía los primeros impulsos de un sér naciente: la Religión y el Ensueño. La tierra estaba casi desierta, la sociedad comenzaba a formarse, y los motivos que se ofrecían al numen eran pastoriles y nómades. Toda la poesía era lírica, sin embargo, la Oda no hallaba sino los mismos espacios que recorrer, muy bellos, desde luego, pero carentes de novedad, de esa rica y brillante sucesión de objetos que ofrecen al espíritu los grandes y espléndidos temas de la Lírica moderna.

Al salir el mundo de la adolescencia, todas las esferas de la actividad humana recibieron el consiguiente ensanche: a la familia sustituyó la tribu, y a ésta, el pueblo. Los grupos de hombres se congregaron al rededor de un centro común, y constituyeron las naciones con el nombre de reinos. Las ideas se fijaron, la Religión tomó otra forma más permanente, la Poesía halló ámbito más vasto para sus alas. El cambio era un producto natural de estos tres importantes factores que presiden los destinos de la Historia: la raza, el medio y el momento. El cayado se convirtió en cetro, la religión del deliquio y del temor se hizo aliada de la autoridad para constituir la Teocracia; y la Poesía que marcha

paralelamente a los acontecimientos, dejó de cantar en el mismo tono las maravillas que habían encendido la imaginación del primer bardo, para embocar la épica trompa de Orfeo y de los Aedas. Homero vino luégo, y los asuntos fueron, desde entonces, más complejos, como quiera que los ocupaban los siglos, las naciones, los grandes intereses políticos de éstas, la potencia divina interviniendo directamente en todo.

El arte literario sólo se refería a la epopeya. Así lo hace notar Don Andrés Bello en un hermoso estudio de las literaturas antiguas. Si el ambiente era heróico, el semblante de los acontecimientos no podía dejar de serlo. Los cantos de Píndaro, verbi gracia, no se sustrajeron a esta influencia suprema. Basta leer lo que de tan alto vate nos queda, para convencernos de que esas gallardas y cálidas odas son más épicas que líricas. ¡Qué pensamientos tan sublimes, qué máximas tan puras, qué ideas tan humanas hay en aquellos himnos incompletos! Parece que estuviéramos saboreando el sencillo encanto de los Libros Sagrados. Pasajes hay dignos de Moisés, Job y David. Los historiadores tampoco pudieron substraerse a la acción modificadora del tiempo. Herodoto, entre ellos, por sus cualidades de ingenio, bondad, talento descriptivo, y estilo dulce y correcto es, como lo califica Macaulay, el primero de los analistas novelescos; resultando de aquí que las partes más auténticas de su libro tengan estrecha relación con las más inverosímiles leyendas. El Teatro de los antiguos es asimismo inmenso, pontifical, épico. Esquilo se nos ofrece como el poeta-

sacerdote de los misterios de Eléusis. Paul de Saint Víctor dice que hay una como tonsura religiosa en esta cabeza que el destino quebró a golpes de rayo. San Jerónimo habla en uno de sus libros de un discurso empenachado, sermo galeatus; pues bien, los soberbios espondeos esquilianos son así, magestuosos, formidables, colosales. A cada nueva tirada, en el PROMETEO ENCADENADO, aun entre las lamentaciones de los coros, en el de las Océánidas, por ejemplo, se oye el rechinar de las cadenas que oprimen el cuerpo del Titán heroico. Esta dramática es única: sus personajes son dioses y semidioses; sus resortes son sueños, oráculos, decretos de la más excelsa de las divinidades paganas: el dios Término. Los cuadros consisten en combates, funerales, accidentes pavorosos, lo más sencillamente agrio que ostenta la naturaleza: una montaña en la que está crucificado un hombre, una ribera azotada por bravo oleaje, una ciudad tomada ardiendo en el horizonte. Saint-Beuve coloca a Esquilo en la categoría de los genios a pico. Lírica, anales, teatro, todo participaba del fuego sacro de la Epopeya: era la Edad del Bronce.

La tierra, en su química sorda, no producía entonces los metales que son para el arte delicado de otras edades, sino el sólo compatible con las manifestaciones de la vida grande y solemne de los tiempos. Las obras del espíritu humano, en esta época, se nos presentan como esos enormes monolitos célebres que nos revelan el paso de una civilización que cumplió un destino de bien y de progreso en el mundo: la de los persas, medos, helenos, etruscos y romanos,

Poesía de monumentos mutilados que nos enseñan que el hombre es un eterno Ulises condenado a viajar con sus recuerdos por mares tormentosos, acercándose lo más que puede, pero sin llegar todavía, a las playas de la isla querida, donde humea el techo pajizo que protege la castidad de una esposa vigilante que amortigua la crueldad de su destino, urdiendo la tela de las virtudes domésticas al amor de la lumbre de un afecto inalterable.

Otra era iba a clarear para el mundo y la poesía. Hasta aquí las escuelas de los Pitágoras, Sócrates y Epicuros, habían guiado con sus luces deficientes al hombre por el dédalo de la existencia, y como expresión de un progreso mayor debía aparecer ya el Cristianismo que, según el gran decir de Laurent, es la obra del espíritu humano inspirado por Dios, pero perfectible como todo lo que procede de seres imperfectos, y que se modifica y depura sin cesar con los sentimientos y las ideas de los hombres. Esta era la nueva religión que debía reemplazar en el corazón de la sociedad al gastado Paganismo, impropio ya para cumplir una misión de progreso sobre la tierra. La doctrina del Cristo era espiritualista, y la que agonizaba, materialista. Siendo palpable la diferencia para los entendimientos, no cabía dudar del triunfo de la una sobre la otra. Además, éste era y no otro el momento señalado en la evolución de las edades para la aparición del Cristianismo.

El Paganismo modelaba sus creaciones con la misma arcilla que a sus dioses: Aquiles parece vaciado en el molde de Júpiter. El Cristianismo, en

cambio, separó el espíritu de la materia, adoró un Dios único substancialmente diverso del hombre. El Cristianismo, llegado en el momento histórico en que se modificaba hondamente el régimen antiguo, cuando Roma boqueaba en su lecho de siglos, se contaminó del pronunciado tinte de melancolía que dominaba los espíritus; y la poesía, reflejo del medio, adoptó también el vagoroso tono elegíaco que caracteriza las obras maestras de aquella época. Vino más tarde esa maravillosa Edad Media, "enorme y delicada", como la llama Verlaine, y su poesía esencialmente ascética quedó sometida a la misma influencia. Toda la himnología de este tiempo, en la que culminan el Stabat Mater y el Dies irae, es un largo sollozo de dolor o una conmovedora plegaria de amorosa confianza en Dios. La Iglesia y la Universidad, cultivaban bajo sus claustros la hermosa flor de la literatura, que había buscado esos asilos huyendo de los desbordes de la onda asoladora del Norte; pero planta tan exquisita no podía desarrollar libremente sus hechizos en donde el aire no era puro, ni el suelo, apto para nutrir su raíz. Homero, Virgilio, Horacio, Cicerón, Tito Livio, eran leídos con cuidado por aquellos monjes eruditos que se dedicaban a la imitación servil a falta de la originalidad brillante. Es que el esplendor literario no existe donde la libertad política es un mito; y ya sabemos cómo estaba constituida la sociedad en aquella dilatada noche de los espíritus en que, como opina Pi y Margall, los pueblos, dotados de una fe ciega, ni examinaban lo que se les imponía como un dogma, ni procuraban explicarse lo que creían.

Después de análogas etapas de progreso, de viriles esfuerzos del genio literario, el hombre se fue acostumbrando más a ver hacia adentro, hacia el alma íntima y arcana de su naturaleza, impresionada a la continua por el mundo exterior en que actuaba; y si su primer método de observación produjo nobles epopeyas, como los poemas cosmogónicos de la India, los cantos superiores de Homero y la poesía dulcísima de Virgilio, que admiramos con la devoción artística que merecen las obras bellas del espíritu humano; su manera de sentir actual ha dado a las letras monumentos imperecederos de admirable eucritmia y de serena y primorosa factura, como LA LÉGENDE DES SIÈCLES de Víctor Hugo, y esa otra leyenda sabia y hechiceramente compuesta por el más aventajado discípulo de aquél gran maestro - Leconte de Lisle - que comprende "desde la bacteria hasta el águila y desde el hombre hasta Dios".

Para interpretar con verbo adecuado la voz múltiple de los seres y de las cosas llegados a un alto grado de desarrollo, desde el en que gime o canta el hombre hasta la sublime armonía de las esferas celestes, que los sentidos exquisitos de Fausto percibían en la quietud religiosa de la noche; eran necesarios, un arte nuevo y palabras recién forjadas por los cinceles del Verbo. El Romanticismo llenó un tiempo esta necesidad del progreso; pero el Romanticismo, que es el arte más directamente influido por el espíritu cristiano y el ideal caballeresco; el Romanticismo que por su forma definitiva es francés-- porque en Francia fue de las naciones de Europa donde halló esta revolución literaria el terreno apa-

rente de una literatura oficial que modificar--; el Renacimiento, decimos, que dió al mundo los sazonados frutos de sus predecesores y que triunfó en el tiempo completamente, en la lírica, en el teatro y en la historia, con Chateaubriand, la Señora de Stael, Lamartine, Víctor Hugo, Michelet y Agustín Thierry; esta escuela famosa de libertad y de progreso había pasado, y eran indispensables métodos modernos que sirviesen para expresar el pensamiento del hombre en una edad de potente desarrollo. El Romanticismo, desde luego, pertenecía ya a la historia, donde se puede ver que llenó un fin en el plan general del progreso, dentro de los límites de la imperfección humana.

Estamos ya en frente de los que Villiers de L'Ysle Adam llamó "les parnassiens". Es su hora. Menéndez Pelayo, en el último volumen de la obra HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, se expresa así de este grupo célebre en los anales del Arte. "Este materialismo poético, dice el sabio maestro español, este culto de las apariencias visibles y tangibles, este arte que el mismo Th. Gautier definía exactamente llamándole "una trasposición a la poesía de los procedimientos de las artes plásticas"; marca sin duda el tránsito del romanticismo al realismo. Con su poesía puramente formal y técnica, con su culto de la belleza robusta substituído al de la palidez y de la muerte, con su indiferencia moral y su insensibilidad marmórea, Gautier produjo, como él mismo dice, una bifurcación en la escuela romántica, llevándose a los artistas puros, mientras que Víctor Hugo, se convirtió en profeta social, y

Alfredo de Musset conservaba el culto de las almas apasionadas". Esto es lo que Guyau llama ver todas las cosas por el aspecto de la eternidad, y querer transportar la estatuaría a la poesía.

La observación es justa: tales eran "los parnasianos". Una rama vigorosa del Romanticismo, un progreso más en los risueños dominios de la Poesía, no como se imaginan los partidarios del poema académico y de la oda hética de Malherbe y Boileau, un club de chiflados que, bajo el pretexto de regenerar la lírica antigua, le quitaron su prestigio y esplendor a la lengua. No es así como hemos de juzgar a los Banville, Leconte de Lisle, Armand Silvestre, Sully Prudhomme, Coppée, Theuriet, y más vates de esta importante escuela. El Parnasianismo no es un fruto extemporáneo, porque hemos visto ya que nada bajo el sol llega a la vida sin causa: la naturaleza no da saltos; es una soberana y armoniosa floración de organismos perficientes, y no un ciego instinto de generación estética. El Parnasianismo vino a su tiempo también, "cuando estaba cumplida totalmente la fórmula romántica, y emancipada para siempre la poesía lírica en la inmensa variedad de sus manifestaciones".

¿Quiénes fueron los "parnasiens" y qué se proponían? Nadie nos lo puede decir con más autoridad que uno de ellos, Cátulo Mendes, este nuevo Petronio, fecundo, móvil y sensual, a quien la crueldad del destino le deparó, no la magnífica apoteosis de la bañera, sino la muerte desgarradora de uno de esos modestos obreros del trabajo que él había cantado en sus fáciles poemas. Cátulo fue uno de los

íntimos que eran admitidos al saloncito del bulevar de los Inválidos, en las dulces tardes de esos inolvidables sábados en que el noble ingenio que lo habitaba, dejando errar una perenne sonrisa por su cara lampiña de aeda joven, escuchaba las consultas de sus amigos y fortalecía sus inclinaciones poéticas, sin exagerado elogio ni acerba censura. Allí, en ese rincón encantador, un hombre de busto griego rodeado como el Tiziano de sus discípulos, o como Ronsard departiendo con los vates de la Pléyade, estimulaba con sus consejos al gremio de orífices del verso, a los "virtuosos" de la rima pulcra. Allí, al amor de un fugaz rayo de la Hélade que pasaba como un beso de luz blanca iluminándolo todo, frentes, cuadros, esculturas, muebles, fueron promulgados por Leconte de Lisle estos dos grandes cánones literarios: La multitud imbecil no es capaz de juzgar lo bello. Hacer una hermosa obra de arte es probar su amor a la justicia y al derecho.

¡Qué alma tan elevada la que enseñaba estas cosas a la hora en que el sol, padre de la raza llena de luz intelectual, de justeza y heroísmo que erigió el Partenón y se ciñó los laureles de Platea; se ponía tras los acopados castaños de ramajes de oro de una avenida en cuyo remate se alza, armonioso, un domo célebre de reflejos de rosa que, en enérgicos toques de color local, como animados de un instinto plástico, van a poetizarlo todo, edificios, árboles, cielo!

¡Cuán respetable es todavía a la distancia en que estamos, ese antro sagrado en donde desbordaba rica, poderosa y solemne, la poesía de los labios de Leconte de Lisle, de pié, altivo, bello como un dios,

Alfredo de Musset conservaba el culto de las almas apasionadas". Esto es lo que Guyau llama ver todas las cosas por el aspecto de la eternidad, y querer transportar la estatuaria a la poesía.

La observación es justa: tales eran "los parnasianos". Una rama vigorosa del Romanticismo, un progreso más en los risueños dominios de la Poesía, no como se imaginan los partidarios del poema académico y de la oda hética de Malherbe y Boileau, un club de chiflados que, bajo el pretexto de regenerar la lírica antigua, le quitaron su prestigio y esplendor a la lengua. No es así como hemos de juzgar a los Banville, Leconte de Lisle, Armand Silvestre, Sully Prudhomme, Coppée, Theuriet, y más vates de esta importante escuela. El Parnasianismo no es un fruto extemporáneo, porque hemos visto ya que nada bajo el sol llega a la vida sin causa: la naturaleza no da saltos; es una soberana y armoniosa floración de organismos perficientes, y no un ciego instinto de generación estética. El Parnasianismo vino a su tiempo también, "cuando estaba cumplida totalmente la fórmula romántica, y emancipada para siempre la poesía lírica en la inmensa variedad de sus manifestaciones".

¿Quiénes fueron los "parnasiens" y qué se proponían? Nadie nos lo puede decir con más autoridad que uno de ellos, Cátulo Mendes, este nuevo Petronio, fecundo, móvil y sensual, a quien la crueldad del destino le deparó, no la magnífica apoteosis de la bañera, sino la muerte desgarradora de uno de esos modestos obreros del trabajo que él había cantado en sus fáciles poemas. Cátulo fue uno de los

íntimos que eran admitidos al saloncito del bulevar de los Inválidos, en las dulces tardes de esos inolvidables sábados en que el noble ingenio que lo habitaba, dejando errar una perenne sonrisa por su cara lampiña de aeda joven, escuchaba las consultas de sus amigos y fortalecía sus inclinaciones poéticas, sin exagerado elogio ni acerba censura. Allí, en ese rincón encantador, un hombre de busto griego rodeado como el Tiziano de sus discípulos, o como Ronsard departiendo con los vates de la Pléyade, estimulaba con sus consejos al gremio de orífices del verso, a los "virtuosos" de la rima pulcra. Allí, al amor de un fugaz rayo de la Hélade que pasaba como un beso de luz blanca iluminándolo todo, frentes, cuadros, esculturas, muebles, fueron promulgados por Leconte de Lisle estos dos grandes cánones literarios: La multitud imbecil no es capaz de juzgar lo bello. Hacer una hermosa obra de arte es probar su amor a la justicia y al derecho.

¡Qué alma tan elevada la que enseñaba estas cosas a la hora en que el sol, padre de la raza llena de luz intelectual, de justeza y heroísmo que erigió el Partenón y se ciñó los laureles de Platea; se ponía tras los acopados castaños de ramajes de oro de una avenida en cuyo remate se alza, armonioso, un domo célebre de reflejos de rosa que, en enérgicos toques de color local, como animados de un instinto plástico, van a poetizarlo todo, edificios, árboles, cielo!

¡Cuán respetable es todavía a la distancia en que estamos, ese antro sagrado en donde desbordaba rica, poderosa y solemne, la poesía de los labios de Leconte de Lisle, de pié, altivo, bello como un dios,

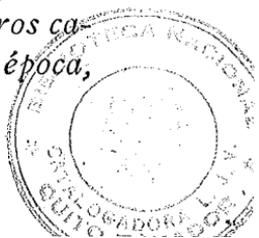
mientras afuera el astro-rey se despedía de París y la hora en que comienza a haber esplín en el aire y en alma!

Si queremos saber quiénes fueron los "parnasianos", oigamos a Mendes en su libro LEYENDA DEL PARNASO CONTEMPORÁNEO. "Atraídos los unos hacia los otros, dice, por su común amor al arte, unidos por el respeto a los maestros y por una gran fe en el porvenir, no se comprometieron a seguir, de ningún modo, una senda única. Distintos los unos de los otros, estaban resueltos a desenvolver sus características originalidades de una manera independiente en lo absoluto. Ni tuvieron consignas ni jefe; todos eran enteramente libres. Curiosos los unos de las cosas modernas; los otros enamorados de las antigüedades religiosas o legendarias; hindous o parisiens; éstos familiares; épicos o líricos aquéllos; algunos rimadores de odas breves o galantes; entre todos no había quién tuviera que dar cuenta a ninguno de la elección de sus asuntos, ni que someter su inspiración a ninguna regla aceptada. Haz lo que puedas, siempre que lo hagas con un religioso respeto a la lengua y al ritmo, tal debió ser y tal fue en efecto, nuestra divisa. Por lo demás, ni fueron ni intentaron ser innovadores. Bajo el punto de vista de la poesía, no imaginaron llegado el instante de una revolución en los espíritus..."

Eso fue este núcleo célebre en la historia de la poesía, que no siguió otro estandarte que el de la veneración artística, que no alentó otras ilusiones que las de una juventud sana, generosa y enamorada de la gloria, y que, identificada por la aspiración co-

mún de la perfección de los gustos, las semejanzas en los deseos, las simpatías, la honesta y tolerante pobreza en que vivían en las desabridas habitaciones del famoso Hotel du Dragon bleu; se consagró con entusiasmo a su labor de estudio y de producción, bajo la influencia de esta sola disciplina que les dió el autor de Qain: "Venerad el Arte y despreciad los éxitos que se consiguen fácilmente". Al principio, las gentes los saludaron con burlas y chanzonetas; pero, al fin, se impusieron al respeto de los que veían en el mismo nombre de "parnassiens" un motivo de risa. Aceptaron el título y triunfaron con él. ¿Qué mayor gloria?

No se comprometieron como un hato a seguir la misma senda, sino que, a la manera de las águilas, cada cual fabricó su nido en la eminencia de su predilección, porque estaban resueltos a desenvolver independientemente sus vocaciones distintivas. Todos eran obreros que trabajaban con devoción en los metales preciosos, a la manera de esos artífices del Puente Viejo de Florencia, en el magistral soneto de Heredia, que así bruñían las manos enlazadas de una sortija nupcial, como grababan el combate de los titanes en el pomo de una daga. Este, como el egregio vate nacido en la Isla de la Reunión, fue un mitólogo. La Grecia, el Oriente, la India brahamánica, el brumoso Norte escandinavo, la Edad Media católica y musulmana, le descubrieron sus tesoros secretos, su historia, su constitución íntima. Aquél, como José María de Heredia, en el breve espacio de sus sonetos que son verdaderos camafeos antiguos, encierra el aspecto de una época,



el genio de una civilización o estereotipa una raza célebre. Otros, como Sully Prudhomme, artista soberano de la palabra y una de las más preclaras inteligencias de su tiempo, cantan con acento puro, numeroso y lleno de unción, como si brotara de una arpa de los coros angélicos, todas las angustias, todas las aspiraciones elevadas del espíritu que busca con arrestos de prosapia divina, el amor y la verdad dentro del alma inmensa y radiante de la naturaleza. Banville, el elegante funámbulo, es el que tiene más euritmia de los parnasianos. El cofre de sus rimas ostenta junto con acabadas preseas que deslumbran, oropeles de circo y lindas bujerías de tocador... Fue preceptista, pero, ante todo, poeta brillante. El Salto del Trampolín, el Jabalí, los Lobos, Andrómeda, Quio, el Jarrón, y los medallones de exquisito helenismo, color y luz de LAS PRINCESAS, son pequeñas obras maestras de impecable factura que prueban que Banville poseyó, como dice Saint Beuve, el sentimiento de la belleza externa y el resplandor griego. Coppée es el más popular de la "escuela", el más parisiense de estos poetas. Introdujo el naturalismo de buen tono en el Parnaso francés contemporáneo, cantando las amargas realidades de los héroes oscuros de la ciudad, de los campeones del trabajo redentor, de los "humildes" que luchan con la miseria, llevando la muerte en los labios; de esas almas que tienen alguna vez su novela de suspiros ahogados, de ilusiones deficientes, de fugaces rayitos de ventura, y cuyas lágrimas corren siempre en silencio. El autor de LE PASSANT y de RELIQUAIRE, según la delicadísima expresión de

Léo Claretie en la monumental HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA, "lleva en sí a la manera de una lamparilla santa que fulge en lo más sombrío de la nave, la misma doctrina de caridad, de benevolencia, de dulce compasión que forman la índole del Cristianismo".

Pero he nombrado a José María de Heredia, cuya poesía lírica, aunque profundamente francesa, tiene sabores de la tierra castellana y fuegos del Trópico, y debo detenerme ante el vate correcto y magnífico, justamente ufano del blasón de sus antepasados, en el cual se destaca une Ville d'argent qu'ombrage un palmier d'or. Es de la estirpe de nuestros Conquistadores, por tanto, a tout seigneur, tout honneur.

Heredia no ocupa en la librería de un hombre de letras, sino apenas un pié de sitio. En otra parte que no sea allí, no tendría objeto este bouquet de rimas primorosas que los amateurs debiéramos conservar en tisú de oro y con hojas de vitela; ni más ni menos que como ambicionaba Renan entrar en la catedral después de su muerte, bajo la forma de un pequeño devocionario en 18°, encuadernado en taflete negro rameado de ensueños místicos, con cantos metálicos, y sostenido entre los dedos afilados de una mano aristocráticamente protegida por la redcilla del mitón negro. Un pié escaso dentro de un plúteo, al lado de LES TROPHÉE, RYMES BYZANTINES, VITRAUX, POÉMES DORÉS--NOCES CORINTHIENNES, es el colmo de las aspiraciones de un autor. Otra cosa no pediría hoy ese prudente Fabricio de la obra célebre de Le Sage. Queda de él mucho en

poco: un libro, exclama Rubén Darío en su estilo breve y pintoresco. Un libro que vivirá, añade, entre miles que fueron compuestos para el olvido y los ratones.

Heredia, por el lado galo, desciende de Andrés Chénier, el único poeta realmente clásico que ha producido Francia; y por el lado español, las fuentes en que se inspiró son las más puras y ricas, como lo hace notar el crítico Clarín al estudiar LES TROPHÉES. Lope de Vega, Jáuregui, Arguijo, Herrera, ¿qué más ilustre prosapia puede exhibir un poeta? He dicho que Heredia procede de Chénier, y debo agregar que no sólo hay entre los dos poetas la semejanza que trae la influencia de la literatura de un siglo en la de otro, sino también la acción más directa que ejerce un escritor en aquéllos que lo toman por "amigo" y modelo. El vate de Le Jeune Malade y de los idilios y yambos que recuerdan a Gíbulo y Arquiloco, era uno de los autores favoritos de Heredia. Ambos imitaron a los líricos de Roma, porque son puramente griegos. Lo que les seducía no era, por supuesto, la rudeza calculadora, la virilidad sin desmayo, la arrogancia imperial de un pueblo acostumbrado a vencer, sino la plasticidad armoniosa, el color tónico, la luz serena de la belleza helénica. Heredia, como Chénier, destilaba la miel de las antiguas rosas de Poestum, cuya semilla es oriunda de Alejandría, plantada por los Calímacos y Teócritos. Hacer versos antiguos sobre pensamientos nuevos, era el ideal de los dos vates galos que comprendían que el "helenismo puro es tan incompatible con el clasicismo académico, como

cualquiera de las formas del romanticismo, y que los griegos son escuela de libertad, no de servidumbre”.

Tengo a la vista un precioso estudio del atildado y erudito escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo, sobre la personalidad literaria de José María de Heredia; y hallo en este breve, pero elocuente trabajo, algunos documentos de los orígenes españoles de la poesía de LES TROPHÉES. Autor tan versado, como Heredia, en las letras humanas y nacido en una de las más bellas comarcas de habla española, es indudable que conoció y estudió con asiduidad a los modelos de nuestra fecunda y espléndida Literatura. El resplandeciente colorido y el instinto plástico de toda la colección, y, en especial, de las dos incomparables partes que se denominan L'Orient et les Tropiques, La Nature et le Réve, acusando están la procedencia de aquella época egregia de nuestra Poesía, cuando el lenguaje de fuego y la masculina entonación de un Herrera, venciendo muchas veces en la justa lírica a los mejores modelos griegos, hebreos y latinos, loaba en canciones inmortales al Vencedor de Lepanto, o gemía, con “espíritu de miedo envuelto en ira”, la pérdida de un piadoso monarca lusitano; cuando don Juan de Arguijo, Apolo de todos los poetas de España, en opinión del no menos ilustre Rodrigo Caro, componía sus bellísimos sonetos entre los que campean por la riqueza de la expresión, la valentía de los sonidos y el color sin recargo ni pesadez, Dido y Eneas, A la muerte de Cicerón y el hecho a una avenida del Guadalquivir, dechado este último de las dotes poéticas de Arguijo, y, sin duda, si no antece-

dente, al menos gemelo por la inspiración y por el gallardo desempeño de los sonetos *A une Ville morte* y *Brise marine de Heredia*. Es en el numen ardiente de Lope, poco conocido como lírico a causa de su gigantesco renombre dramático, en donde se surte la vena pictórica de Heredia que hizo decir a Leconte de Lisle: "Usted es un colorista, yo soy un luminista"; es, en fin, de la generación que ha dado Riojas, Balbuenas, Quevedos, Góngoras, a porri- llo, que el inspirado "antillano" aprendió el arte del matiz y del relieve que, en entusiasmo descriptivo, sonoridad verbal y emoción, triunfa en sus acabados poemas.

Un solo libro, fruto tardío de largos estudios de erudición, de preparación metódica y escogida, de altas enseñanzas morales, no es todo lo que nos queda de este mago prendado del alma de la forma, pero sí es lo único que lo ha hecho "inmortal". De parto elefantino hay quien califica este cofre abierto de joyas caladas con admirable precisión, como encajes; esta peregrina exposición de miniaturas que no sé por qué me transporta con el poder del recuerdo a la que se exhibía en Bruselas cuando Bélgica era feliz, en 1912; donde las obras maestras de Isabey y de Gérard, al lado de otras colecciones maravillosas, eran franqueadas a la admiración del mundo por la generosidad de algunos príncipes amateurs. Sí, la prole sin dolor creada, la más abundante, no es robusta ni la más bella. Se parece a esos pálidos y extraños hijos del elocuente prólogo de Becquer, concebidas en el lecho de amor de la miseria. Un pequeño volumen en la irreprochable

edición "elsiverienne", eso es a la vista el libro exquisito de Heredia que tengo siempre en mi mesa de trabajo: un manojo delicado de flores, por cuyos pétalos "vagan el alma de un perfume y la sombra de un ensueño" . . . Libro delicioso y sereno digno de que lo ilustre un pincel nobiliario; libro heroico cuyas páginas orea el aura blanda y salubre de la vida antigua que circuló bajo el cielo apacible de azur eterno de las diosas de mármol y los héroes de bronce . . .

Entre los ciento diez y ocho sonetos de la colección, el gusto más cabal no sabría decir cuál es el mejor. Unos agradan más que otros, pero todos son vaciados en la turquesa de la más fina poesía. Este, como *Le Thermodon*, nos encanta por la frucción del ritmo, por el sutil hechizo de sus giros, por la colocación de una palabra armoniosa o sugestiva que nos abre perspectivas frescas, graciosas y coloridas, como ese final de dulce realismo de élite en que se está viendo huir potros blancos ungidos en sangre de vírgenes . . . Aquél, como *Antoine et Cléopatre*, el de más resonancia en la serie que lleva el epigrafe *Rome et les Barbares*, es un prodigio de evocación histórica. Siempre serán divinos esos ojos puntuados de oro que veían navegar por un mar inmenso las galeras que se llevaban la fortuna del radiante Emperador . . . En este magnífico soneto no se ha perdido ni un solo detalle de la vida de Antonio abandonado en brazos de Cleopatra, ni una sola de las sorpresas de ese viaje famoso en que la Víbora del Nilo se presentó como una visión deslumbradora, como una gran ave de presa en acecho ardiendo

dente, al menos gemelo por la inspiración y por el gallardo desempeño de los sonetos *A une Ville morte* y *Brise marine de Heredia*. Es en el numen ardiente de Lope, poco conocido como lírico a causa de su gigantesco renombre dramático, en donde se surte la vena pictórica de Heredia que hizo decir a Leconte de Lisle: "Usted es un colorista, yo soy un luminista"; es, en fin, de la generación que ha dado Riojas, Balbuenas, Quevedos, Góngoras, a porrillo, que el inspirado "antillano" aprendió el arte del matiz y del relieve que, en entusiasmo descriptivo, sonoridad verbal y emoción, triunfa en sus acabados poemas.

Un solo libro, fruto tardío de largos estudios de erudición, de preparación metódica y escogida, de altas enseñanzas morales, no es todo lo que nos queda de este mago prendado del alma de la forma, pero sí es lo único que lo ha hecho "inmortal". De parto elefantino hay quien califica este cofre abierto de joyas caladas con admirable precisión, como encajes; esta peregrina exposición de miniaturas que no sé por qué me transporta con el poder del recuerdo a la que se exhibía en Bruselas cuando Bélgica era feliz, en 1912; donde las obras maestras de Isabey y de Gérard, al lado de otras colecciones maravillosas, eran franqueadas a la admiración del mundo por la generosidad de algunos príncipes amateurs. Sí, la prole sin dolor creada, la más abundante, no es robusta ni la más bella. Se parece a esos pálidos y extraños hijos del elocuente prólogo de Beequer, concebidas en el lecho de amor de la miseria. Un pequeño volumen en la irreprochable

edición "elziverienne", eso es a la vista el libro exquisito de Heredia que tengo siempre en mi mesa de trabajo: un manojo delicado de flores, por cuyos pétalos "vagan el alma de un perfume y la sombra de un ensueño"... Libro delicioso y sereno digno de que lo ilustre un pincel nobiliario; libro heroico cuyas páginas orea el aura blanda y salubre de la vida antigua que circuló bajo el cielo apacible de azur eterno de las diosas de mármol y los héroes de bronce...

Entre los ciento diez y ocho sonetos de la colección, el gusto más cabal no sabría decir cuál es el mejor. Unos agradan más que otros, pero todos son vaciados en la turquesa de la más fina poesía. Este, como Le Thermodon, nos encanta por la frucción del ritmo, por el sutil hechizo de sus giros, por la colocación de una palabra armoniosa o sugestiva que nos abre perspectivas frescas, graciosas y coloridas, como ese final de dulce realismo de élite en que se está viendo huir potros blancos ungidos en sangre de vírgenes... Aquél, como Antoine et Cléopatre, el de más resonancia en la serie que lleva el epigrafe Rome et les Barbares, es un prodigio de evocación histórica. Siempre serán divinos esos ojos puntuados de oro que veían navegar por un mar inmenso las galeras que se llevaban la fortuna del radiante Emperador... En este magnífico soneto no se ha perdido ni un solo detalle de la vida de Antonio abandonado en brazos de Cleopatra, ni una sola de las sorpresas de ese viaje famoso en que la Víbora del Nilo se presentó como una visión deslumbradora, como una gran ave de presa en acecho ardiendo

al sol de Africa, a la mirada del sensual guerrero romano. Heredia ha sido tan fiel en la pintura de la seductora reina, que no ha olvidado ni la configuración de sus ojos llenos de gracia, coquetería y agudeza, y los llama con exacta concisión "larges yeux"; todo lo que está de acuerdo con el retrato de Cleopatra hecho por Anatolio France, en uno de los sabrosos artículos de su interesante VIE LITTE-RAIRE.

Coppée en el gentil soneto *Ferrum est quod amant*, se propuso imitar el soberbio cuadro de Heredia, y hay en *Dione*, confundiendo las finas madejas de sus trenzas con las rudas crines de Ares chorreando sangre, mucho de la muelle actitud de Cleopatra escondiéndose pequeñita cual era, pero admirablemente bien hecha, en los robustos brazos de su amante. Ambas son obras trabajadas con esmero, pieza por pieza; pero si son bellos los ojos crueles y claros que se complacían en verse retratados en el acero de las corazas, no es posible resistir a la fuerza seductiva que está manando en chorros magnéticos de los de Cleopatra etoilés de points d'or.

Conociendo a fondo el francés, se puede gozar con las bellezas de estas rimas adorables, verdaderos prodigios de orfebrería, donde cada palabra ha sido bruñida como una hoja de vitela que debe recibir la impresión de un esmalte suave, como una laminilla de nácar, como la faceta de un diamante. Autores hay como Chatawoine que ha dedicado largas tiradas de prosa honda y erudita al estudio de uno solo de estos acabados sonetos. No parece si no que Heredia escribió una obra par-

ca, pero brillante, para que la crítica la estudiara analizando constantemente, como acontece con DON QUIJOTE y con HAMLET, que son los libros más comentados del mundo.

Heredia carece de lo que llamamos amplitud de concepción, desborde entusiástico, grito lírico. Eso le falta, pero tiene otras cualidades hermosas envidiables: sabe el arte infinito de Grecia y de Alejandría, de Bion de Esmirna y de Meleagro. Ha vagado por esa fronda exhuberante cargada de perfumes que conocemos con el nombre de ANTOLOGIA, donde la miel corre en arroyos incontenibles; donde se marcha casi ahogándose en la espesura de lianas y de arbustos cubiertos de florecillas aladas como mariposas; verdaderos laberintos de "poesía fugitiva en jerga galante, en la que hay dejos del habla noble de Sófocles", para servirnos de una expresión de Saint - Beuve en el hermoso artículo de sus PORTRAITS CONTEMPORAINS ET DIVERS, dedicado a estudiar la literatura de la Decadencia.

No le pidáis a Heredia lo que no puede ni quiere daros, porque se ha hecho un hombre de mármol. Bajo esta carne sagrada del arte no tiembla la vena de la pasión que produce las congestiones del amor tumultuario y heroico, y esas melancolías sedantes que se resuelven en lágrimas dulcísimas cuando hay una mano que las enjuga. Pero, en cambio, es el artista delicado y paciente del Verso, el viejo orfebre de su hechicero soneto que aspiraba a "morir cincelando en oro una custodia". Rosetones iluminados; esmaltes primorosos; pergaminos de cantos dorados; telas crujidoras de púrpura; medallas

de plata que conservan el perfil correcto de las vírgenes de Siracusa; joyas antiguas que cincelaron las hadas; collares macizos como los que ostentan los personajes de Leonardo de Vinci; copas de madera hechas con la punta del cuchillo por el pastor recostado como Titiro a la sombra de un grupo de hayas; estoques suntuosos que más brillan que hierren; ánforas de formas exquisitas labradas en oro o en cristal de baccarat con lazos de acanto y figuras quimerinas de Cellini en los bordes; estatuetas de bronce de los vencedores de Delfos, que han recibido del artífice hasta el arranque de la carrera y el sudor que en perlas de metal les está rodando por los dorsos anhelantes; flautas gemidoras con que Sileno detendría un vuelo de palomas de Arcadia; caracoles rosáceos que estuvieron en lechos de arenas finísimas y conservan en sus espirales largos ecos de la vida fantástica del aquarium submarino; todo esto os lo presenta Heredia esmeradamente cuidado, nítido, fluyendo esa luz suave de las cosas que han estado expuestas a la acción blanda y conservadora de la antigüedad.

Un amor especial tiene Heredia por los temas hípicos. Es el Píndaro de los Centauros y un "sportman" que se complace en el galopar de estos monstruos por las playas jónicas. El último superviviente de ellos le ha inspirado el soberbio soneto Fuites de Centaures. ¡Cómo es bello y conmovedor este cuadro! Salva el grupo escarpas y barrancos, perseguido por las flechas de Hércules, "olfateando en la noche un olor de león"; los montes sagrados los ven pasar ebrios y temerarios; de pronto uno del

tropel se para erguido en la altivez de su apostura, terrible, hirsuto, quiere asistir al levante de la luna por encima de los cantiles que comienzan a ceñirse de sombra; pero la ilusión, el miedo, el pronóstico de muerte que los acompaña a todos, le ha hecho ver, aumentada por el plenilunio, la sombra gigantesca del Arquero de Stinfalia.

A los Centauros sigue Pegaso. Son tres los hermosos sonetos ecuestres que consagra Heredia al divino corcel de los semidioses. En el primero se lo admira dilatando por el mar su grande sombra azul; en el segundo azota el cielo con sus alas de llama; y en el último, la idea se hace ya más dulce, más sensible, hasta llegar a la seducción de la caricia: Pegaso, a cuya grupa de crines de oro va la pareja enamorada, protege a los amantes con sus potentes remos fúlgidos que les olean con una brisa tibia y aromada. Todo esto es magnífico y de una factura nítida.

Los cinco sonetos comprendidos bajo la denominación Hortorum Deus, son deliciosos croquis de la vida rural cantada en las blandas zampoñas de los bucólicos griegos y romanos. Idéntico elogio merecen Les Sonnets épigraphiques. En los poemas de Mosco y de Virgilio, ni en ninguna de las églogas más tiernas de Garcilazo y de Meléndez Valdez, he hallado una descripción que tenga la gracia fresca de ésta en que Heredia nos hace entrar, por decirlo así, a una cabaña de la campiña romana; de esas a cuyo techo humoso estaban suspendidos los caireles de pámpanos fragantes y los pingües quesos de las majadas:

Entre donc. Mes pilliers son fraîchement crépis
 Et sous ma treille neuve où le soleil se glisse,
 L' ombre es plus douce. L' aire embaume la mélisse.
 Avril jonche la terre en fleurs d' un frais tapis.

Pasemos algunas páginas y hallaremos un nuevo escenario y otra manifestación del talento poético de Heredia, que se nos presenta ahora con el jubón clásico del Renacimiento, llevando al cinto la daga veneciana de pomo brillante, y calada la toca de terciopelo en que tiembla blanca pluma sujeta por broche de carbunclo relampagueante. En esta sección descuellan los sonetos Vitrail, Le Huchier de Nazareth y la Belle Viole. Este último, en sentir de Remy de Gourmont, tiene semejanza con la lindísima oda de Francisco Maynard La Belle Vieille; pero entre todas estas composiciones selectas, fuertemente coloridas o suaves como el vago tinte azul que albea en la entrada del Purgatorio del Dante, se distinguen los dos estupendos sonetos Le Vieil Orfévre y Email.

¿Y qué diremos de los ocho templos suntuosos alzados con amor y pasión de artista y con respeto filial a la memoria de sus antepasados los Conquistadores? El poeta sintió hervir la sangre de esos magníficos aventureros españoles de quienes procedía; y prestando a la epopeya su clangor broncíneo, rompió lleno de orgullo y de estro en ese valiente y sonoro Comme un vol de girfaufs... , que es el tono más noble que puede alcanzar el soneto celebrando la gloria.

L'Orient et les Tropiques y La Nature et le Réve son, a mi juicio, las partes de esta "Légende

des Siécles en reccourci", en que Heredia desplegó con toda amplitud el genio descriptivo de que estaba dotado. Hay en estas páginas una orgía de color, la visión misteriosa de las tierras solares, el fuego todo de América y Africa. Allí, están ardiendo como dos trípodes de oro Fleur séculaire y Le récif de corail. Allí, se aspira la brisa de mieles que viene de las antillas azules como un éfluvio debilitado de las balsámicas praderas en que se ven realizados los portentos de luz y de vegetación del bíblico edén... Allí, se duerme la siesta bajo un toldo de hilos luminosos y en el regalo de una estera de perlas, mientras afuera en la región de las tormentas se combustiona el éter, revienta el trueno y un rayo le fractura las alas al ave simbólica de la gloria y de la fuerza, que al morir aspira torrentes de llama, desplomándose luego exánime en el abismo.

La Morte de l'Aigle se intitula este soneto grandilocuente y sublime. He leído la aplaudida descripción del águila en la célebre oda horaciana destinada a elogiar a Druso, que el padre Sanadón creía ser la mejor del gran lírico latino, por la profusión en las imágenes, la filosofía en las sentencias, la pompa en los ritmos y la gallardía de toda la pieza; héme entusiasmado con las hermosísimas pinturas que de la solitaria reina de los aires nos han dejado, Voltaire en una canción magistral que hacía las delicias de nuestro Rocafuerte en los días de su cautiverio político; Meléndez Valdez, en la arrogante oda A la Gloria de las Artes que oyó con transporte la Real Academia de San Fernando, y Olmedo en ese himno férvido y de altos sonos que el poeta

Entre donc. Mes pilliers son fraîchement crépis
 Et sous ma treille neuve où le soleil se glisse,
 L' ombre es plus douce. L' aire embaume la mélisse.
 Avril jonche la terre en fleurs d' un frais tapis.

Pasemos algunas páginas y hallaremos un nuevo escenario y otra manifestación del talento poético de Heredia, que se nos presenta ahora con el jubón clásico del Renacimiento, llevando al cinto la daga veneciana de pomo brillante, y calada la toca de terciopelo en que tiembla blanca pluma sujeta por broche de carbuncho relampagueante. En esta sección descuellan los sonetos Vitraïl, Le Huchier de Nazareth y la Belle Viole. Este último, en sentir de Remy de Gourmont, tiene semejanza con la lindísima oda de Francisco Maynard La Belle Vieille; pero entre todas estas composiciones selectas, fuertemente coloridas o suaves como el vago tinte azul que albea en la entrada del Purgatorio del Dante, se distinguen los dos estupendos sonetos Le Vieil Orfévre y Email.

¿Y qué diremos de los ocho templos suntuosos alzados con amor y pasión de artista y con respeto filial a la memoria de sus antepasados los Conquistadores? El poeta sintió hervir la sangre de esos magníficos aventureros españoles de quienes procedía; y prestando a la epopeya su clangor broncíneo, rompió lleno de orgullo y de estro en ese valiente y sonoro Comme un vol de girfautes..., que es el tono más noble que puede alcanzar el soneto celebrando la gloria.

L'Orient et les Tropiques y La Nature et le Réve son, a mi juicio, las partes de esta "Légende

des Siècles en reccourci", en que Heredia desplegó con toda amplitud el genio descriptivo de que estaba dotado. Hay en estas páginas una orgía de color, la visión misteriosa de las tierras solares, el fuego todo de América y Africa. Allí, están ardiendo como dos trípodes de oro Fleur séculaire y Le récif de corail. Allí, se aspira la brisa de mieles que viene de las antillas azules como un éfluvio debilitado de las balsámicas praderas en que se ven realizados los portentos de luz y de vegetación del bíblico edén... Allí, se duerme la siesta bajo un toldo de hilos luminosos y en el regalo de una estera de perlas, mientras afuera en la región de las tormentas se combustiona el éter, revienta el trueno y un rayo le fractura las alas al ave simbólica de la gloria y de la fuerza, que al morir aspira torrentes de llama, desplomándose luego exánime en el abismo.

La Morte de l'Aigle se intitula este soneto grandilocuente y sublime. He leído la aplaudida descripción del águila en la célebre oda horaciana destinada a elogiar a Druso, que el padre Sanadón creía ser la mejor del gran lírico latino, por la profusión en las imágenes, la filosofía en las sentencias, la pompa en los ritmos y la gallardía de toda la pieza; héme entusiasmado con las hermosísimas pinturas que de la solitaria reina de los aires nos han dejado, Voltaire en una canción magistral que hacía las delicias de nuestro Rocafuerte en los días de su cautiverio político; Meléndez Valdez, en la arrogante oda A la Gloria de las Artes que oyó con transporte la Real Academia de San Fernando, y Olmedo en ese himno férvido y de altos sonos que el poeta

entonó por una inconcebible condescendencia sobre el más ingrato de los campos de nuestras luchas fratricidas. Pues bien, en todas estas grandes obras del ingenio poético, nada hay que pueda compararse con el espléndido, vigoroso y animado lienzo en que Heredia dejó sus clásicas pinceladas. Y cuán artístico, profundo y acertado es ese remate en que palpita el ardoroso afecto del poeta por todo lo excelso, bello y bueno!

Hemos dicho, en otro lugar, que LES TROPHÉES no constituyen todo el bagaje literario de Heredia, y ya es tiempo de que hablemos, aunque sea rápidamente, de los trabajos de este insigne escritor. Además de la preciosa vitrina, en donde como en otro Museo de Atenas se exhiben bronces, cuadros, viñetas, medallas, joyas y todos los tesoros del arte alejandrino en que Heredia era consumado; nos quedan de él LES CONQUERANTS DE L'OR, fragmento épico de sobresaliente mérito; tres romances en sencillos y nerviosos tercetos de la popular leyenda del Cid; la narración aventurera y picaresca de LA NONNE ALFEREZ que por el sabor, intención y hábil manejo del diálogo nos recuerda el género rico y original que produjo LA CELESTINA, EL LAZARILLO DE TORMESES, EL PICARO GUZMÁN DE ALFARACHE y otras galanas muestras del genio de nuestros primeros noveladores; la traducción de la HISTORIA DE NUEVA ESPAÑA por Bernal Díaz del Castillo, de cuya atractiva, picante y bien trazada Introducción hablaremos luégo; el pequeño bajo relieve SALUT A L'EMPE-REUR!, y el discurso de ingreso a la Academia Francesa, que es un dechado de dignidad y de elo-

cuencia discreta, inspirado en las doctrinas artísticas de Leconte de Lisle, de este noble restaurador de los modelos de Grecia.

LES CONQUERANTS DE L'OR es la más extensa de las obras poéticas de Heredia. Hay en este soberbio trabajo, recuerdos pronunciados de la visión amplia y fastuosa que tenía Hugo, empereur á la barbe fleurie, del Trópico; un dejo viril y arcáico de la templada entonación de Ercilla en su robusta epopeya, y algo también, aunque sea una ligera reminiscencia, de las crónicas cándidas y regocijadas de los historiadores primitivos de Indias, entre los que campea don Antonio de Solís y Rivadeneira, autor de esa encantadora HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO, cuya fluidez y límpida elocuencia le han merecido el dictado de "poema en prosa".

Vamos a insertar dos pasajes que nos parecen los de más vigor descriptivo de esta pujantísima concepción épica de la naturaleza tropical:

Il pleuvait. Les soldats, devenus frenetiques
 Par le harcelement venimeux des moustiques
 Qui noircissaient le ciel de bourdonnants essaims,
 Foulaient avec horreur, en ces bas-fonds malsains,
 Des reptiles nouveaux et d' étranges insectes
 Ou voyaient émerger des lagunes infectes,
 Sur leur ventre écaillé se trainant d' un pied tors,
 Ces lézards monstrueux qu' on nomme alligators.
 Et quand venait la nuit, sur la terre trempée,
 Dans leur manteaux, auprès de l' inutile épée,
 Lorsqu' ils s' étaient couchés, n' ayant por aliment
 Que la racine amère ou le rouge piment,
 Sur le groupe endormi de ces chercheurs d' empires
 Flottait, crepe vivant, le vol mou des vampires,
 Et ceux-la qu' ils marquaient de leurs baisers velus
 Dormaient d' un tel sommeil qu' ils ne s' éveillaient plus.

Au pie des volcans morts, sou la zone des cendres,
 L' ébénier, le gayac et les durs palissandres,
 Jusques aux confins bleus des derniers horizons
 Roulant le flot obscur des vertes frondaisons,
 Variés de feuillage et variés d' essence;
 Déployaient la grandeur de leur magnificence;
 Et du nord au midi, du levant au ponent,
 Couvrant tout le rivage et tout le continent,
 Partout ou l' oeil pouvait s' étendre, la ramure
 Se plongeait avec un éternel murmure
 Pareils au bruit des mers. Seul, en ce cadre noir,
 Etincelait un lac, immobile miroir
 Ou le soleil, plongeant au milieu de cette ombre,
 Faisait un grand trou d' or dans la verdure sombre.

Larga ha sido la cita, pero necesaria para darnos una idea cabal de todos los secretos de este arte tan lleno de color y vida en medio de su ingeniosa paciencia; arte que es un producto de la justeza literaria que alcanzó la escuela a que perteneció Heredia, no por la imitación descompasada de los modelos, sino por el procedimiento de metódicas transfusiones copiosas de ideas sanas y ricas de elementos vitales en la exhausta red de vasos de la poesía greco-latina. Así como hemos visto es todo el poema: un venero de emoción fresca y risueña. Aquí, duerme el caimán de escamas irisadas y rígidas; más allá, se enrosca el boa en la vara de los cactus esperando el paso del tapir para ahogarlo entre sus anillos cobrizos; en el fondo de esa selva lujuriantemente henchida de solemnes rumores, se columpian bandadas de cuadrumanos que brincan ebrios de alegría entre las lianas; cruzan nubes de colibríes chupando los nectarios; cabrillean largas rondas de mariposas; en las cumbres de los Andes el rayo pasa describiendo parábolas macabras, y el cóndor se

mantiene en balance como dormido al arrullo de los truenos, con las alas extendidas. Es la visión plena del imperio incásico, abriéndose a las miradas de Heredia, como una revelación de lo que fueron los jardines del paraíso perdido.

Al hablar de la Introducción puesta por Heredia a la Historia de Bernal Diaz del Castillo, se expresa así el escritor Gómez Restrepo: "Pocos trozos de prosa conocemos de más bella composición, de mayor fuerza pictórica. El erudito y el artista se dan la mano". Participamos de tan autorizada opinión. Esas páginas resplandecientes son una de las más legítimas glorias de la literatura francesa. Línea, color, relieve, música, hay allí derramados a manos llenas. El tema era pobre: una crónica descarnada, citas y fechas; cuadro vasto, sin duda, pero escaso de interés para quien no sea dado a estas rarezas históricas, apenas salpimentadas por episodios de la sórdida avaricia que empañó el valor sin límites de los compañeros de Pedrarias. Pero Heredia ha sabido salir airoso de su intento, pintando sabrosísimas escenas de esta expedición famosa, en las que alternan engrandecidos con el prestigio de un estilo inimitable por sus cualidades de brillo y osadía; ora el ardor aventurero de los viejos soldados españoles de las guerras de Italia y Africa, ávidos de igualar los hechos caballerescos de Amadís y Esplandián; ora un bosquejo sobrio y exacto de este ejército abigarrado acampando en las orillas cliseanas del Guadalquivir, multitud afiebrada que arrastraba consigo una cola de lacayos, estafadores, ministriles del Santo Oficio, gitanos y majas de las

históricas plebes andaluzas; ora una revista de armas a la sombra de aquellas gloriosas banderas zahumadas en cien combates, en las que campean las torres de Aragón y las barras de Castilla; revista que produce un deslumbramiento por la profusión de arneses, lanzas, picas, hojas toledanas, espuelas de Ocaña, cascos morunos de corrajes vistosos, frontaleras doradas, penachos encarnados, guanteletes de hierro, uniformes de terciopelo, brocato y satín, sembrados de perlas y lentejuelas de Milán; en fin, la resurrección más completa de esas rudas, brillantes e invictas tropas que obligaron a decir al historiador Floro: *Viris, armisque nobilem Hispaniam!*... Luégo, vienen relatos de intrigas de *boudoir*, en que actúan las saladas mujeres de la corte de la esposa de Pedrarias, danzas, paseos, serenatas, requiebros, sacorios, puñaladas: el lujo y el vicio. El sueño de más de un "conquistador", anota Heredia, terminó en el fango hediondo y sangriento de las callejuelas de Triana.

¡Y qué contraste más saltante, el de las prédicas en las iglesias para encarecer las riquezas fabulosas de las tierras de Indias, con esas francachelas al aire libre, en que las hijas de las Fátimas y Zoráidas bailaban con primor la Sevillana!... En el templo, empavesado con brillantes arreos militares, entre las nubes del incienso y los aleluyas, el primer Obispo de Santa María del Darién, ponderaba hasta la exageración las maravillas de las vírgenes comarcas americanas, en medio de una feligresía hambrienta de botín; y allá abajo, en los barrios donde hervía el puchero de la bohemia, una fresca

barbiana, como esa que la vieja del célebre cuadro de Goya está aplaudiendo entre dientes, con la cabeza envuelta en la mantilla negra de aguacero de flecos, mordiendo un clavel de fuego, la pierna gorda en ¡olé! calzada con media de seda carmesí, llevando como diadema su alta peineta de carey, y como cetro un abanico en que estaba pintado un motivo taurino, rompía en una danza soberbia y fantástica, llena de impulsos contenidos, de agasajos enervadores, de gestos triunfales. . . !

Justificada está, pues, la celebridad de estas páginas deliciosas que Flaubert leía con la emoción que despertaron siempre las obras bellas en el espíritu cultivado del autor de SALAMBO y TROIS CONTES. Un entusiasmo semejante les inspiraron a Castelar y a Thierry la HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE Michelet y la pomposa descripción de la batalla de los francos en LES MARTYRES de Chateaubriand. El buen gusto, en verdad, no ha oído nunca cláusulas mejor torneadas que las de esta prosa llena de fuego y armonía.

Heredia es uno de los más nobles modelos que puede proponerse imitar la juventud que ama y venera las buenas letras. Huir de lo vulgar y de lo abyecto; apartarse con indignación del repugnante "olor de almacén" de que está saturada la atmósfera en que respiran el interés sórdido y la gloria de oropel; cifrar su fe en un "bello absoluto", con esa devoción casi jansenista que obligaba a Flaubert a encaminarse sangrando al encuentro de la forma más pura que debía encarnar una concepción estética; comprender la leyenda y comprender también

la vida: he allí el ideal de la escuela bajo cuyos estandartes ganó Heredia los magníficos "trofeos" que tanto nos seducen. Cada frase, cada verso de este hombre de alma griega es, en rigor, un sacrificio del placer al deber. Pocos escritores han interpretado más bien que éste el precepto de Hipólito Taine en la imperecedera HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA: "Cada cosa bruta o pensante, vil o sublime, fantástica o tangible, es un grupo de potencias, cuyos elementos y coordinación puede reproducirse en si mismo el espíritu por el estudio y la simpatía. Reproduzcámosle y démosle en nuestro pensamiento un nuevo sér". Esto ha hecho el autor cuya producción dejamos estudiada con el desaliño de estilo e imperfectas luces de que sólo podemos disponer. Un amor que no es exagerado calificar de severamente honesto por la belleza, es el gran título de José María de Heredia al cariño respetuoso de los poetas.

F. J. Falquez Ampuero

¡Quiero el soneto cual león de Nubia
de ancha cabeza y resonante cola!

GUILLERMO VALENCIA.

SONETOS

GOBELINOS

En los telares de crugir sonoro,
con hábiles esguinces de culebra,
avanza, por doquier, la sutil hebra,
bajo la acción de los dedos de oro.

Los carretes agotan su tesoro,
mientras la mano infatigable enhebra
las rítmicas agujas, que celebra,
por su labor, el universo en coro.

Y salen los espléndidos tapices,
con sus varias escenas de matices
bordadas por los clásicos respuntes

que reviven combates de metopas,
pájaros, fieras, y doradas popas
en las aguas de Chipres y Amatuntes.

GRECIA Y ROMA

TROYA

Para el Sr. Dr. Víctor M. Rendón,
autor de libros que honran
las Letras de mi Patria.

Corona el torreón de aspecto oscuro
del alcázar de Priamo, nube roja
que a los troyanos pechos acongoja,
y al griego alegra de triunfar seguro.

Baten las llamas el dorado muro;
la Corte, sollozando, desaloja
los nativos umbrales que despoja
la ávida turba de Sinón perjuro.

Espirales fantásticas describe
la enorme hoguera que, al soplar, revive
el viento, que en la noche gime o truena.

Y cuando se hunde el último palacio,
entre el pavor del humeante espacio,
huye la sombra tímida de Elena.

LOS CENTAUROS

Et flairent dans la nuit une odeur de lion.

J. M. de Heredia

I

Triunfa en la boda de Pirítos, bella
como un lucero, su gentil esposa,
de la que es fama que ninguna hermosa
tuvo en Tesalia los encantos que élla.

Al entrar en su alcoba, la doncella,
recogiendo la cauda vaporosa,
un centauro, en su grupa musculosa
la arrebató, las gentes atropella

y fuga con su carga relinchando.
Detrás van los lapitas disparando
flechas que parten las crugientes cañas,

por donde escapa el robador salvaje;
y al intentar violarla en un bosque,
le atraviesa un venablo las entrañas,

II

El último centauro galopaba
por las costas azules del mar Jonio;
con su beso de mieles el favonio
la enardecida frente le oreaba.

El gallardo tropel en que vagaba
ayer por el querido patrimonio,
cayó dando de esfuerzo testimonio
bajo los tiros de divina aljaba.

El tedio de las bestias consumía
su vigor ancestral que fuera un día
regalo de las yeguas más gentiles;

y sólo en los brillantes plenilunios
sale a olvidar sus hondos infortunios
a través de los ásperos cantiles,

EL SATIRO

Vaga en busca de sombra y de sosiego,
en la cálida siesta embriagadora,
el Fauno que ha salido, con la aurora,
de su caverna. Fascinado y ciego

por el derroche del estivo fuego,
se duerme, al fin, oyendo la sonora
canción de la sirena encantadora
de la próxima orilla del mar griego.

Y sueña que en la fúlgida morada
de Jove, con su flauta delicada
endulza el tedio de las diosas bellas;

pero sufre creyendo que partidas
por sus pezuñas, vuelan desprendidas
como inmensos diamantes, las estrellas.

LA COLERA DE PEGASO

Como escapado de un triunfal relieve
de Grecia, haciendo de su origen gala,
en los recios homóplatos, el ala
vigorosa y espléndida remueve.

Con sus relinchos épicos se atreve
a increpar a los cielos: los escala,
y por la trompa resoplante exhala
el fuego sacro que, sediento, bebe.

Al bronco ritmo con que va trotando,
los dioses en consejo venerando
abandonan los fúlgidos sitiales;

y ven que el bruto con sus callos de oro
hiende el plafón magnífico y sonoro,
destruyendo sus límpidos fanales.



EL RAPTO DE EUROPA

Para Secundino Sáenz de Tejada y D

La Aurora, en el Oriente sonrosado,
como una flor sus pétalos abría;
un grupo de doncellas recorría
la playa, con el pelo destrenzado.

El nítido ropaje desplegado
las juveniles gracias descubría;
los encajes de espuma deshacía
el pié de mármol con primor labrado.

Meneando la cola se acercaba
felpudo toro que a placer vagaba
con un lucero en el testuz altivo.

Y oyéndolo mugir, la más hermosa
huyó en la blanca grupa vigorosa,
que se agitaba con temblor lascivo.

LAOGONTE

Para M. E. Castillo y Castillo.

Ceñido de la venda immaculada,
el sacerdote de Neptuno, un toro,
inmola con su gran cuchillo de oro
clavado hasta la cruz en la papada.

De la próxima orilla despejada,
se lanza con estrépito sonoro
horrible par de sierpes que el decoro
llega a turbar del rito. Consternada

huye la gente. . . . Las inmensas roscas
al cuerpo de Lacón se plegan foscas,
y el libre respirar se dificulta.

Negra ponzoña vierten las heridas,
y al girar sus miradas doloridas,
bajo el dolor los músculos abulta.

HECTOR Y ANDROMACA

Hektor, étant sorti de ses demeures, reprit son chemin a travers les rues magnifiquement construites et populeuses, et, traversant la grande Ville, il arriva aux portes Skaies par où il devait sortir dans la plaine. Et sa femme, qui lui apporta une riche dot, acourut au devant de lui. Une servante l'accompagnait qui portait sur le sein son jeune fils, petit enfant encore, le Hektoréide bien-aimé, semblable a une belle étoile.

Homère, "Iliade".

Trad. de Leconte de Lisle.

Al viento derramada la melena
y haciendo resonar el combo escudo,
va un guerrero magnífico y nervudo
a combatir en la candente arena.

La ronca voz de los heraldos suena
en el palenque polvoroso y rudo.
Corre la esposa hacia al varón ceñudo
con su hijo en brazos, de temores llena,

y lo presenta al sonrosado infante
que al ver la crin del yelmo deslumbrante
huye el rostro con tímido embeleso:

Héctor lo mira, pensativo calla,
y, ante el pueblo que ocupa la muralla,
se quita el casco para darle un beso.

EL TAPIZ

Llora Julio mirando la cabeza
exangüe del Vencido de Farsalia.
Con noble gesto, pronta represalia
jura tomar de tan atroz vileza.

El Príncipe homicida a ver empieza
el crimen con que al Héroe de la Galia
quiso halagar, cuando llegó de Italia:
tiembla, y acude a grácil sutileza.

A la sencilla tienda del Romano,
para ofrecerle telas de Levante,
se presenta de hinojos un anciano;

y, cierto de que el mundo la idolatra,
abre un tapiz y surge deslumbrante
la fresca miniatura de Cleopatra.

FRISO ANTIGUO

Para Julio E. Avila, poeta.

Entusiasmada muchedumbre espera
que salten de las jaulas los leones.
Cual si hubiese dejado sus regiones,
el sol en los tendidos reverbera.

Abriendo el abanico, su litera
abandona la hetaira. Los varones
más ilustres le rinden ovaciones
de artista, de bacante y de hechicera.

Lánzase un tigre rojo, de la Libia,
sobre la virgen que en la arena tibia,
la faz se cubre con temblor de susto;

y en las espiras de polvosa nube,
grito de júbilo hasta el palco sube,
do asoma César su impasible busto.

EL FIN DE UN CORTESANO

Cansado de salvar la inútil vida
complaciendo los vicios del Tirano,
Petronio escribe con resuelta mano
su epístola sangrienta al parricida.

Escucha la sentencia aborrecida
con ademán irónico y liviano,
y se apresta el magnífico romano,
sonriendo, a la suprema despedida.

Adornan con guirnaldas la bañera
cortesanas vertiendo amargo lloro
que le ofrecen la copa postrimera;

y, cual se dobla el loto en la corriente,
al declamar un dáctilo sonoro
el bardo inclina la inspirada frente.

LA MUERTE DE CIGERON

Llega una banda lúgubre de cuervos
a la casa de Túsculo suntuosa,
en que el Tribuno célebre reposa
de sus dolores íntimos y acerbos.

Tras las aves siniestras, los protervos
se presentan armados. En lujosa
litera escapa por la ruta umbrosa
Tulio seguido de sus fieles siervos.

Descubren los sicarios el camino,
y, cediendo a la ley de su destino,
el Filósofo el cuello les ofrece.

Llevan en triunfo la cabeza al Foro,
donde vibró su apóstrofe sonoro
y hoy desgajada y triste, resplandece!

LA GRANJA DE VIRGILIO

Barbarus has segetes?

ECLOGA I

A la orilla del Mincio que se pierde
en sus valles, con lánguido rodeo,
la granja está en que canta Melibeo
tendido al fresco, sobre el musgo verde.

No hay sitio que a su dueño no recuerde
el plácido reposo del sesteo
que arrullan las abejas del hibleo
panal. Su arado rutilante muerde

la dura tierra en el fecundo Agosto.
Para su copa da la parra el mosto,
y para el horno, pan, el grano rubio.

Desde su casa oculta en el follaje,
mira Virgilio al fondo del paisaje
la trágica cimera del Vesubio.

MESALINA

(Episodio de los "Anales" de Tácito)

Si cansada, insaciable Mesalina
del vicio que su faz augusta altera,
envuelve con la piel de una pantera,
como un ropón, la espalda alabastrina.

Y sus madejas de ébano en divina
profusión por la cóncava cadera,
simulan el caudal de una chorrera
que entre nevados témpanos declina.

En ondas turbias hierven los lagares;
asordan el palacio los cantares
de un báquico tropel de hembras impuras;

y la imperial sacerdotiza airada,
en la nuca de Silio sonrosada,
deja, al besarla, crueles mordeduras.

LUCRECIA BORGIA

I

LA BODA

Salpicado de estrellas luce el techo
dibujos de la Fábula sensuales;
desfilan los suntuosos cardenales
llevando en los semblantes el despecho.

César, joven, feroz y satisfecho
los mira, y, con sus vinos infernales
despojarlos medita de caudales
ganados de la Tiara en el cohecho.

Como un ídolo antiguo muestra el Papa
su recio busto en la lujosa capa
de cortantes bordados. Blanca y fina,

bajo el velo sutil que lagrimea,
la Novia con Alfonso se pasea
al arrullo de música divina.



II

EL INCESTO

En el palacio de Ostia primoroso
como un castillo de hadas, el anciano
Borgia preside en el festín liviano
la mesa de mosaico esplendoroso.

El Capri de ámbar y el Falerno añoso,
bajo la acción fecunda del verano,
dan a los cuerpos el ardor pagano
de un tropel de Dionisos victorioso.

Como si fueran sierpes de destellos,
de Lucrecia los húmedos cabellos
enlazan las papales vestiduras;

y al sorprender del monstruo los antojos,
lasciva, entorna los azules ojos
en un temblor de histéricas ternuras,

CUADROS Y BOCETOS

AGONIA DEL SOL

Ciñe su gola espléndida de espuma,
el mar, para la fiesta del Poniente;
y el Angelus desgrana dulcemente
sus tristes notas en la rósea bruma.

El incienso del valle lo perfuma
todo. Sube y se esparce en el ambiente
de las vacadas el mugir doliente;
la choza del pastor al aire fuma.

Horno es de lumbres trágicas el cielo;
hay, bordada en su rico terciopelo,
una legión heráldica que asombra

de enormes bestias de apostura fiera;
y, al fin, se extingue la radiosa hoguera
en explosiones de granate y sombra,

EL REGRESO A CITERES

[*Cuadro del Louvre*]

En la cueva anchurosa del Poniente
los viejos gnomos vuelcan su tesoro;
con los flautares gigantes de oro
el mar entona un cántico rugiente.

En carro Jonio de metal luciente
y ejes de largo rechinar sonoro,
ostentando su olímpico decoro
y con un luminar sobre la frente,

vuelve la Diosa a las queridas aras
prodigando sus lánguidas sonrisas.
[Cómo son dulces sus pupilas claras,

y qué vigor en sus erectas pomas!
Semejan, impulsadas por las brisas,
una sarta de perlas, sus palomas.

PESADILLA

Para G. Martínez Sierra
suntuoso arquitecto de "La
Casa de la Primavera".

Era el tedio infinito de lo blanco
de los inviernos de la vieja Hungría.
Con sus callos, la nieve desprendía
negro corcel de vigoroso flanco.

Rodó por los declivios de un barranco,
algo que allí, con pena, se movía.
El cierzo, entre los álamos, corría
parejas con el bruto de ágil zanco.

Iba temblando en la veloz carrera,
al modo de fantástica bandera,
un alquicel de inmaculada albura;

y en la undívaga sombra de la noche,
se ostentaban con nítido derroche,
las dos filas de enorme dentadura.

ANAGREONTIGA DE HOGANO

Para Angel Tola Carbo,
amistosamente.

En la noche solemne y constelada,
de entre una red de cándidos encajes
de nubes que se pliegan cual ropajes,
surge la luna plena y nacarada.

La cena, con boato preparada,
ha sido bajo un domo de follajes
de parra, donde humean los potajes
invitando con pingüe tufarada.

Como insectos de rútilos ardores,
laten mil focos sus cambiantes lumbres,
y se agitan bruñidos tenedores.

Triunfa la nota del violín sonoro,
y disparan alegres servidumbres,
con las botellas, «cañonazos de oro».

UNA GITANA

Para María Teresa Chevasco.

Cual mariposa negra sobre el pelo
de tembladores bucles, la peineta;
en la mano, sonora pandereta
con su lazada tornasol al vuelo.

Tinto en sangre de rosas, el pañuelo,
rostro moreno con primor sujeta;
y fulgen en la sombra de violeta
ojos en crisis de sensual anhelo.

Moldea con hechizo la cintura,
basquiña corta de feliz hechura,
y al trepidar las curvas con halago

que en sus férvidos giros nadie iguala,
parecen sus chapines en la sala
un par de cisnes sobre inquieto lago

EL BARGO TORPEDEADO

Para Gonzalo Zaldumbide
que recogió la pluma—cetro
de Rodó.

Con tiempo bonancible navegaba,
como el alción que hacia su nido vuela.
En los crugientes mástiles, la vela
el marinero impávido plegaba.

Desde las firmes bordas contemplaba
alegre muchedumbre la acuarela
del mar azul, de bullidora estela,
que en regueros de perla reventaba.

El sol moría en la distante Europa...
Hubo un traquido en la combada popa;
las sirenas clamaban sus señales;

y al hundirse la nave, un cachalote
iba saliendo entre la niebla a flote,
y en el cielo rielaban mil fanales.

ADUAR EN VIAJE

(LOS BOHEMIOS)

Incansables emprenden su camino
en la cálida puesta de granate;
la intensa fiebre que en sus venas late
los arroja en mugriento remolino.

Uno acaricia el pomo damasquino,
lleva el ótro vestido de magnate;
y en los flácidos pechos se debate
de las hembras el frato mortecino.

No emerge en el confín la grata sombra
del minarete o de palmera ufana:
sólo el chacal, en la movible alfombra

del yermo, advierte las rojizas huellas,
que deja la errabunda caravana,
a la argentada luz de las estrellas.

DUNA DE FLANDES

*Para Aníbal González Torres, Cónsul
General de Colombia en Anvers.*

El sol, como custodia de esplendores,
vuelca en el mar su regia lumbrarada;
la duna ríe, móvil y rosada,
entre niebla de insectos de colores.

Tienden la red curtidos pescadores
en la brillante arena caldeada;
y con sus tocas van por la calzada,
las mujeres al templo, a dejar flores.

Un viejo calafate, en roja chupa,
pone rumbo, cantando, a su chalupa;
dos guardas escudriñan los confines

donde se mece una elegante vela,
y en la costa deshácese la estela
de un loco festival de los delfines.

SANGRE Y ARENA

Para Isáac J. Barrera, crítico benévolo.

El pueblo acude a la función de gala,
cual la plebe de Roma al Coliseo.
Hay de telas suntuoso cabrilleo,
mil abanicos en batir de ala.

El sol en chorros de color resbala
sobre capas y mantas en coleo;
las manolas de rítmico ceceo
destellan como luces de bengala.

Por los palcos, en ánforas de arcilla,
ofrece la ojinegra gitanilla
sus refrescos que aceptan las huríes.

En la arena, dó espira un bravo toro,
enjuga el diestro de chaqueta de oro
su estoque tinto en gotas carmesíes.

UN LEGO

(Cuadro Local)

Con el primer albor de la mañana,
caballero en escuálido jumento,
por la vetusta arcada del convento
sale a implorar la caridad cristiana.

Le ofrece un pisco-lábis la serrana
que le tiene sorbido el pensamiento;
se achispa, al fin, y llega ya un momento
en que no oye la voz de la campana.

Y al disiparse el humo de los tragos,
de un adiós en los últimos halagos
toma el lego la ruta que serpea.

Es la tarde de luces intranquilas,
se oye el dulce clamor de las esquilas
y las sombras envuelven a la aldea.

EN EL HAREM

En el retiro plácido y discreto,
que guarda verja de varales de oro,
gime su cuita un bandolín sonoro
y está el sultán, como una efigie, quieto.

Le observa la odalisca con respeto
desde el tapiz en que, como un tesoro
de rosa y nieve, al exclamar «¡*Te adoro!*»,
sobresaltada oprime su amuleto.

Hierve en la plaza bélico gentío;
sufre la esclava contracción de frío
ante el eunuco armado de su alfange;

cálido arroyo el pórtico ensangrienta,
y el Príncipe, sonriendo, le presenta
la tronchada cabeza a su falanje.

EL BUZO

Au-dessous de moi j' apercevais
encores des profondeurs infinies.
Nul bruit ne parvenait a mon oreille;
mais je voyais avec effroi des
salamandres; des dragons et d'autres
monstres s' agitant dans ce
gouffre infernal.

Schiller. "Le Plongeur".

El sol estivo, como abierta fragua
refracta en los hondísimos cristales;
en los conos de negros peñascales
alborota sus crines la cancagua.

Del costado en vaivén de la piragua,
baja el hombre a las grutas de corales
en las que fauna y flora colosales
oculta el velo lóbrego del agua.

Y perdido entre selvas prodigiosas
de algas, fucus y anémonas radiosas,
va apartando sus bóvedas y cruces

que se funden en perlas fugitivas,
mientras un pez de láminas activas,
como un cohete, se deshace en luces.

LOS CRUZADOS

Como banda de impávidos halcones
que deja el nido al despuntar el día,
inebriados de fe y de valentía,
desfilan los compactos escuadrones.

Al viento desplegados los pendones,
resonando la hostil trompetería,
la gente aventurera se confía
a la mar en vetustos galeones.

Y cuando el sol del Africa se oculta,
van a tierra en alegre turbamulta
a la trémula luz de una fogata.

Luégo, prosiguen su feral carrera
con la pluma de fuego en la cimera
y en la clámide el símbolo escarlata.

LA CIUDAD RENDIDA

Para el Sr. Dr. E. Clemente Huerta.

Abre la villa sus sagradas puertas
y, al batir de los parches estridentes,
desbordan los siniestros combatientes
con las crueles espadas descubiertas.

Tras el pingüe botín y las reyertas
— bajo el morrión de láminas fulgentes—
avanzan, con espanto de las gentes,
hollando carnes lívidas y muertas.

Junto al cañón que humea destruído,
descansa un viejo militar herido
en el angosto puente de un suburbio.

Sobre el hombre indefenso se abalanza
la chusma, y rueda al bote de una lanza,
el cuerpo inerte en el arroyo turbio,

VIÑETAS

A UNA ROSA

Para mi hija Laura Esmeralda.

Emblema del pudor, rosa nacida
para deleite del pensil ameno:
la abeja, al escanciar tu cáliz pleno,
del columpio de estambres pende asida.

En su coraza de élitros bruñida,
se embotan las espinas de tu seno,
y al fin torna el alígero Sileno
ebrio de miel a la colmena henchida.

En tu reino de sedas primoroso,
nueva Venus, el cetro de lo hermoso
formado ostentas de haces de pistilos.

A besar tu corola va la luna
al borde de la nítida laguna
y al través de balsámicos asilos.

A UN RIO

De tus ribas, la agreste arquitectura,
en el espejo de bruñida plata,
como visión de encanto se retrata
en aumento de vida y galanura.

Pasa, luego, copiando su figura
al pié de tu sonora escalinata,
esquife que a los céfiros dilata
de su vela cimbrante la tersura.

Con sus domos, palmares, banderolas,
una nueva campiña hay en tus olas
dorada por los fuegos del estío.

Tu ánfora rica beben los parrales
que, en lujosos estuches, sus corales
conservan bajo gasa de rocío.

LOS GAMELLOS

Para J. A. Falcoñ Villagómez.

Finge el sol con sus cárdenos destellos,
vasto incendio en los lúgubres confines
del Desierto. Seguidos de mastines,
avanzan con pereza los camellos.

Tienden al aire los enormes cuellos
que, hirsutas, cubren polvorientas crines;
y están lejos los pródidos jardines
de fuentes de zafir y árboles bellos.

Son las bestias patricias que Profetas
y Monarcas llevaron en las prietas
gibas, al son de su robusto casco.

Van cargadas de joyas esplendentes,
de tapices, de bálsamos pungentes,
y de alfanjes bruñidos en Damasco.

LAS VACAS

Blancas, negras, ubérrimas o flacas,
haciendo resonar sus campanillas,
pór la senda que alfombran amarillas
hojas, discurren las fecundas vacas.

Luégo se entran mugiendo en las opacas
arboledas caladas en rejillas,
y salen al olor de las gavillas
del heno verde amontonado en pacas.

Libres del acicate del venablo,
con amantes miradas al establo
van, solemnes, mordiendo los salubres.

manojos de los frescos matorrales;
y llevan a sus tiernos recentales
colgádos del racimo de las ubres.

LOS TIGRES

Para Miguel Angel Montalvo.

Con el garbo de reyes imponentes
que recorren en triunfo su palacio,
absorbiendo las bramas del espacio
van los tigres adustos y rugientes.

Aterran y fascinan, refulgentes
en las cuencas sus ojos de topacio;
hieren las colas el pelaje lacio
con el vigor de látigos crugientes.

Despiden a la luz siniestro brillo
las clámides de negro y amarillo,
en el vaivén solemne de sus masas;

y, para colmo de tan nobles pompas,
por sus horribles y rasgadas trompas
salen las lenguas rojas como brasas.

LA SERPIENTE

En la quietud de ensueño de la tarde,
del nidal que en tupida madriguera
forma la sierpe, sale a la pradera,
los crótalos moviendo con alarde.

En sus bordados tegumentos arde:
la gama de la luz de primavera;
y en la pupila de granate, fiera,
hierve rencor satánico y cobarde.

Pero si oye la flauta gemidora
con que Tirreno a Flérída enamora,
se detiene extasiada en la llanura;

y, ya en calma los trémulos anillos,
fanatiza la magia de sus brillos
en la piel de elegante rayadura.

EL AGUILA

Para Modesto Chávez Franco,
mi antiguo camarada de vida
literaria.

La espléndida hermosura del paisaje
a sus pupilas de oro se revela;
y desplegada, como airosa vela,
surca el espacio, impávida y salvaje.

Es cada instante más audaz su viaje;
inmóvil se la ve, cuanto más vuela;
si la oculta un nublado, la revela
el lampo que se quiebra en su plumaje.

Luégo el ancho velamen se desprende,
y, a plomo, rapidísimo desciende
sobre la oveja de nevada gola;

y, enredada en el garfio retorcido,
sube la presa hasta el abrupto nido,
en donde el pico de metal la inmola.

LA ISLA DE LOS PERROS

[*Tema de Edmond Rostand*]

Frente a Bysancio con sus torres de oro,
en las aguas del Mármara verdosas
se alza islote de peñas salitrosas
que fué objeto de público desdoro.

La plaza que sombrea el sicomoro,
y el suburbio de rejas misteriosas,
centros eran de bandas asquerosas
de ávidos perros de ladrar sonoro.

Para evitar a la ciudad reproche,
en las cálidas horas de una noche
al escollo los canes transportaron.

Allí, el áspero hocico relamiendo,
mientras iban nostálgicos muriendo,
con sus gritos el Bósforo poblaron.

EL CALIZ DE FIDIAS

Para Nicolás Augusto González,
Mago del Verso y mi muy amado
Maestro.

Para servirse el néctar purpurino
de siciliana cepa embriagadora,
en el seno de núbil pecadora
Fidias un cáliz modeló divino.

Depósito mejor no tuvo el vino,
pues cinceló el artífice la Aurora,
el Sático y el ave seductora
que hirió el pecho de Leda alabastrino.

Eran las ansas jóvenes bacantes,
de cinturas flexibles y elegantes,
que abrevar en la copa figuraban.

al terminar la fiesta vespertina,
quedó siempre del Genio en la retina
la impresión de que lúbricas danzaban.

EL VINO

Las redomas de artístico labrado
y las cubas de antigua forma extraña,
contienen sangre de la vid de España
y el zumo rico del *champán* dorado.

En su ambiente, de nitro saturado,
bajo redes de polvo y telaraña,
troca el sótano en fiebre de su entraña,
de los vinos, el dejo azucarado.

Y en la mesa de límpidos manteles,
mientras zumban al sol brillantes moscas,
de jarros que bruñeron los cinceles

de Tanagra, desbordan para el corro,
ebrio de néctar, las purpúreas roscas
de la serpiente mágica del chorro.

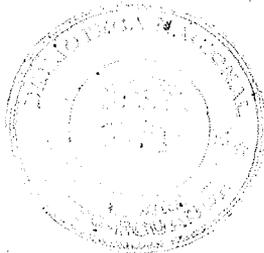
BIOMBO JAPONES

En el tisú de artístico bordado,
el paraje campestre se deshíela;
un bando de cigueñas, lento vuela
por el cielo de suave anaranjado.

Detrás de un bosque de bambú, bañado
en su rojo cinabrio, se revela
el sol muriente en la suntuosa tela,
cual la testa de un héroe degollado.

Ante el espejo oval, montado en plata,
una musmé con sus agujas ata
las pardas trenzas que decora el loto;

y en la estera, entre lacas y abanicos,
es un icono con sus dones ricos
de una pagoda de la antigua Kioto.



PASTELES ANTIGUOS

ENVIO

Ya que nunca, romántica orgullosa,
has querido aceptar otros honores
que ramilletes de sencillas flores,
donde alternó el miosótis con la rosa;

permite que, con mano temblorosa
de emoción, los pasteles de colores
te ofrezca que trazaron sus pintores
con átomos de lumbre prodigiosa.

Entre blasones y tapices viejos,
¡quién no guarda de antaño sus trastejos!
los hube de fidalgos arrogantes,

que en la palestra lanzas astillaron,
y que, a su vez, también los heredaron
de una cepa de nobles diletantes.

SONETO BARBARO

Prepara Hamílcar la maniobra artera,
y sale de Cartago perseguido
por el hórrido Ejército atraído
a la angostura, en trágica carrera.

La noche, como un ave carnícera,
extiende su ala de ébano. El tronido
de las armas discurre confundido
con la amenaza gutural y fiera.

Pretenden con furiosos manotazos,
deshacer el granito en mil pedazos,
revueltas bandas con aspecto de hojas.

Despiértanse espantados los leones
y, bramando a la luna en pelotones,
les riza el viento las melenas rojas.

SONETO GRIEGO

Crece a la sombra de su hogar risueño,
de belleza y saber, vivo tesoro,
la dulce Hipatia que, en estrofa de oro,
canta el poema sacro del ensueño.

Hasta el umbral guardado con empeño
por su anciana nutriz, llégase el coro
de flacos monjes de rezar sonoro,
con las barbas y ropas en desgredío.

Cirilo, tras sus bíblicos reparos,
de la ruta magnífica de Paros
quiere apartar a la doctora griega;

élla resiste, pálida y hermosa,
y, al fin, como una deshojada rosa,
sobre el altar de Cristo se doblega.

SONETO LATINO*Incredibilium cupitor*

TÁCITO

Cruge del carro jonio la cadena,
rasan el suelo potros en fatiga,
el brillante cochero los castiga,
y, furiosos, erizan la melena.

Hienden los callos la inflamada arena,
en nube gris se pierde la quadriga,
y el pueblo-rey sus vítores prodiga
al que con «pan y circo» lo enajena.

En la carroza—de laurel ceñido—
y con túnica verde revestido,
vuelve Nerón, sonriente, a su Palacio.

Pone incendio en las cúpulas lejanas
el sol, y abren, las águilas romanas,
ebrias de azur, sus alas al espacio.

SONETO MEDIOEVAL

En las verdes orillas de su río,
hundiendo el rostro en las huesosas manos,
el Vate de los hórridos arcanos
llanto vertió de inconsolable hastío.

Víctima luégo del poder sombrío
de papas y de príncipes tiranos,
salió de los confines virgilianos
de su Florencia, hacia el destierro impío.

Cuando el grave Patricio se alejaba,
los pliegues de su túnica, ondulaba
la rumorosa brisa del invierno;

y, los testigos de su noble pena,
al verlo por las calles de Ravena
exclamaban: «¡Estuvo en el Infierno!»

SONETO RENAGIMIENTO

Desde el salón de espléndidos tapices
que cuelgan hasta el suelo, la llanura
se admira de Turena; su verdura
brilla al sol con edénicos matices.

Superior a los célebres deslices
que prestigian su clásica hermosura,
ostenta Diana la divina albura
de un mármol de las épocas felices.

Suena el cuerno de un viejo nigromante,
y brotan maravillas al instante
en rico florilegio de colores.

Llega Francisco, decidor y guapo,
y Enrique observa, cual miedoso priapo,
saltar el ciervo de ojos avizores.

SONETO WATTEAU

Sobre el musgo sembrado de los trajes,
celebran las golosas sus festines;
se mecen otras con livianos fines
del columpio trabado en los ramajes.

Hienden las palas límpidos olajes
y crugen en las jarcias los satines;
el tropel de zagalas y arlequines
navega bajo prósperos celajes.

Humo de incienso que la brisa encumbra,
sale de un bosque que el Poniente alumbra
con su aguacero de doradas flechas.

En la tarde que mística sonrfe
un zafiral destello se deslíe,
y abre la sombra lángida sus brechas.

SONETO FLORDELISADO

Con el aspecto de un jardín viviente:
cuajado de las rosas de Versalles,
la cabalgada, por los anchos valles,
va en escalones de vistoso frente.

Suena la carga, y chocan rudamente:
redondas grupas y gallardos talles;
impresionan la vista, los detalles
de la batalla bajo el sol naciente.

Cuando, tintos en sangre de las flores,
descansan los apuestos vencedores,
llega en coche de gala la Marquesa;

y, al abrirse la puerta blasonada,
les envía su mano nacarada
sonoro beso de su labio fresa.

SONETO IMPERIO

La estepa, con sus lívidos fulgores,
sumándose a las brumas. El desierto
de la nieve infecunda; ámbito yerto
de nublos grises y ecos aulladores.

El Beresina... Cuerpos tembladores
navegan en la sombra, sin concierto.
Eblé en la orilla, al batallón experto
lo éxita a que termine sus labores.

Rasgan los pechos, en violentas crisis,
los cuchillos sangrientos de la tisis;
giran los cuervos con horrible grito;

y en un sueño de gloria, congelados,
sostienen los magníficos soldados
el puente, como bloques de granito.

LA NATURALEZA Y EL ENSUEÑO

D'APRES NATURE

Bajo el arco de espléndidos colores
de una tarde de julio bochornosa,
llego a la granja, donde se alza, hermosa,
la casa que habitaron mis mayores.

Me ofrecen los canoros, ruiseñores
sus endechas. La fuente rumorosa,
espejo de la ninfa pudorosa,
le cuenta a los favonios sus amores.

Mi noble overo en sobresalto pára
junto al cactus gigante, en cuya vara
pitón sus bodas trágicas consume.

La cópula potente el árbol mueve,
y vuela el polen por el aire leve
en un temblor de sonrosada bruma.

MAÑANA DE OCTUBRE

[*En París*]

Enrojece los húmidos cristales
que al bulevar ostenta mi ventana
el súbito fulgor de una mañana
que nace de las nieblas otoñales.

Llevadas por las brisas musicales,
las hojas con que el parque se engalana
van su peluche amarillento o grana
manchando en los oscuros barrizales.

De los ramajes que aridece el frío,
las pomas esmaltadas de rocío
se desenjoyan a compás sonoro.

Y, al trémulo brillar de un lampo rosa,
se deshace la capa nebulosa
cual si nevara de los cielos oro.

CLARO DE LUNA

Para Leopoldo Izquieta Pérez.

En una noche de verano, grata,
emerge de un vestíbulo de sombra
marmórea luna que el carbón escombra
de los nublados de apariencia ingrata.

Entonan las nereidas su cantata
que a los tritones ágiles asombra;
deja el reflujo valvas en la alfombra
de la ribera de zafir y plata.

Un viejo rey del bosque, de melena
lacia y de pardo cuerpo enflaquecido,
junto a su prole vaga por la arena

bruñida cual sabana de alabastro;
y todos siguen tras el ciervo erguido
que presienten, hambrientos, en el rastro.

TARDE DE BATALLA

Para Alfredo Gómez Jaime.

Como las olas baten la muralla
que defiende la costa blanquecina,
los hombres que la cólera domina
se lanzan al fragor de la batalla.

Segados sin piedad por la metralla,
al ocultarse, el sol les ilumina
el pálido semblante; y la neblina
les da sudario de inconsútil malla.

En la llanura fúnebre tendidos
se mezclan vencedores y vencidos;
de sangre y lodo inmundo los expurgan

las aguas del invierno; y, cautelosas,
las bandadas de cuervos asquerosas
los vítreos ojos de los héroes hurgan.

LA BARANDA

Tras la reja de plata de una hermosa
baranda en que se enreda un jazminero,
la joven persa de mirar chancero
en su diván magnífico reposa.

En el jardín, del caño salta airosa
la sierpe de agua en ondular ligero;
y el rayo del crepúsculo hechicero
es una oblicua pincelada rosa.

Las golondrinas los espacios hienden;
en la avenida próxima se encienden
los limpios globos de las luces de arco;

y los niños que vuelven de la escuela
se llevan la ilusión a su chozuela
de que han visto una estrella en cada charco.

VERSALLES

O Versailles, Cité des Eaux, Jardin des Rois!

HENRY DE REGNIER.

Irgue en la bruma, bello y solitario,
sus ojivas y grises capiteles
que labraron mil clásicos cinceles
con espléndido numen lapidario.

Imponente silencio funerario
reina en kioskos, fontanas y verjeles:
ya en los patios no piafan los corceles
de carrozas de escudo nobiliario.

Hay un olor de atardecer de otoño
en los parques cubiertos de retoño;
y en los suntuosos pabellones viejos,

por las vidrieras de colores, lanza
el sol que muere en rica lontananza
chorro fugaz que baña los espejos.

BRUJAS

En la calma ideal de los canales
de ondas dormidas de apariencia grata,
la noble arquitectura se retrata
de sus tristes palacios medievales.

Por las esbeltas torres ojivales,
con alegres temblores, la tocata
del sonoro carrillón de plata
se desborda en magníficos raudales.

¡Ciudad de ensueño y devoción; de brumas
que en un ósculo del sol convierte en plumas
de palomas de nieve! Tus pintores,

fama te dieron en divinas telas;
y hay en tus calles como el son de espuelas
de una marcha de hispanos vencedores.

GOSAS VIEJAS

Para Aurelio Falcont.

Entró un poeta al gótico castillo
de oscuras torres y caladas rejas,
del que contaban rústicas consejas
que lo habitó señor de horca y cuchillo.

En su guarida salmodiaba el grillo.
La voz de soplos de las cosas viejas
hizo al bardo llegarse a las trebejas
ocultas en el fondo de un pasillo.

Y de un mueble de roto monograma
sacó el pastel borroso de una dama
con su expresión de lúgubres angustias;

luégo, un estoque de aguilón sonoro,
un Cristo de marfil, cabellos de oro
y un ramillete de camelias mustias.

LLUVIA DE ESTRELLAS

Como la viuda del real consorte
que consumió la pira del Ocaso,
la luna avanza con solemne paso
en los dominios de la sombra, al Norte.

Fingen los astros numerosa corte
de canéforas graves que en el raso
cielo desfilan, conduciendo el vaso
de mirra ardiente, con gallardo porte.

En las orillas de zafir, las olas
cantan ebrias de amor sus barcarolas;
la floresta suspira de alegría;

y del collar que, espléndido, destella
en la garganta de la Noche bella,
se desprende hervorosa pedrería.

EL POEMA DE LA MUJER

EL SACRIFICIO DE VELLEDA

Para Carlos Arroyo del Río.

Como gaviota de tremente pluma,
débil esquife por las ondas vuela,
dejando rica, diamantina estela,
en la sabana de hervidora espuma.

Lo rige una mujer con ansia suma:
el misterioso plenilunio riela,
y un canto en que la angustia se revela
rasga los niveos tules de la bruma.

Demelenada y ronca, la sencilla
virgen doliente vaga por la orilla,
sin encontrar a su adorado Eudoro.

Luégo descuelga la segur del flanco,
corta las venas de su cuello blanco
y el sol le pone una mortaja de oro.

LAS GRINERAS

(Tema de George d' Esparbés)

Para Carlos A. Flores.

I

Precedido de un coro de trompetas
que rugen apuntadas hacia el viento,
como un ciclón, desborda el regimiento
en el villorrio de avenidas quietas..

Asombran a las gentes las siluetas
de los centauros. Con marcial intento,
de las filas, despréndese un sargento
sobre blanco corcel de manchas prietas.

Alza el guerrero su tajante gladio,
y en voz que abarca un anchuroso radio
promulga, entre severas amenazas,

el tremendo mandato. Los pinceles
del sol-eterno y prodigioso Apeles-
bañan de ocre el metal corazas.

II

Allí esperan terribles, desgreñadas,
como un grupo de Euménides hermosas,
las mujeres. Por manos musculosas
van a ser sus diademas profanadas.

Y al modo de banderas desgarradas,
rojas u oscuras, crespas o sedosas,
de las nuca resbalan perezosas
las fértiles madejas perfumadas.

Luégo el Jefe implacable, a sus dragones
les manda que engalanen los morriones
con las greñas del mágico tesoro.

Quedaba un chorro de pomposa nieve,
y con donaire un oficial se atreve
a desplegarlo en su cimera de oro.

DAMA GOTICA

Para la inspirada Delmira Agustine:

En fondo de crepúsculo muriente,
una mujer de rectilínea cara,
entre el calado de viñeta rara,
irgue su forma clásica imponente.

El rico traje de negror luciente
pone un mate reflejo en el carrara
de su beldad, que el trovador cantara
con estrofa pagana y decadente.

En un libro de forro de peluche
que guarda el corte fino de su estuche,
tiene fijos los ojos arrogantes;

y llevan, como atriles exquisitos,
este joyero de sagrados ritos
sus dedos constelados de diamantes.

VENUS NEGRA

Alta y fornida, cual gallarda encina,
de ébano tiene el resplandor tu seno:
eres un vaso de febril veneno
con sabores de miel luciferina.

Tu mirada picante es de felina
hembra de flanco mórbido y relleno;
tu rojo labio, en el festín obsceno,
lanza su muelle copla libertina.

Como el manto cobrizo de una hoguera,
envuelve tu ampulosa cabellera
las desnudeces de tu pulpa ardiente.

Y en el dogal de tu insaciable abrazo,
se mezclan las crueldades del zarpazo
al lánguido ondular de la serpiente.

LA TENTACION

La tarde con pereza se retira,
su último rayo el horizonte baña,
y el agreste clamor de la montaña
en el frondoso saucedal, espira.

Más que reza, parece que delira,
el escuálido monge en su cabaña,
donde, en ángulo oscuro, tiembla extraña
lengua de fuego que, espantado, mira.

Enristrando los senos, fresca, impura,
emerge de la llama la figura
de la Diosa. Con súplicas o preces,

el viejo cenobita la resisté;
pero élla, ansiosa de pecar, insiste
en que él palpe sus blancas desnudeces.

SALOME

[*Después de leer el drama de Oscar Wilde*]

I

La gitana maligna, seda y velos
rasga danzando en la anchurosa nave,
donde circula la fragancia suave
de su carne que afiebran los anhelos.

Constelada de piedras, en sus vuelos,
como a la presa se abalanza el ave,
hacia el Tetrarca macilento y grave
marcha rasando los bruñidos suelos.

Entre ojeras con arte retocadas,
despiden triunfadoras llamaradas
sus córneas que el deleite inmoviliza.

Y, desasido de su capa roja,
tras las caderas de ánfora se arroja
el viejo asirio que el amor hechiza.

LA TENTACION

La tarde con pereza se retira,
su último rayo el horizonte baña,
y el agreste clamor de la montaña
en el frondoso saucedal, espira.

Más que reza, parece que delira,
el escuálido monge en su cabaña,
donde, en ángulo oscuro, tiembla extraña
lengua de fuego que, espantado, mira.

Enrizando los senos, fresca, impura,
emerge de la llama la figura
de la Diosa. Con súplicas o preces,

el viejo cenobita la resisté;
pero élla, ansiosa de pecar, insiste
en que él palpe sus blancas desnudeces.

SALOME

[*Después de leer el drama de Oscar Wilde*]

I

La gitana maligna, seda y velos
rasga danzando en la anchurosa nave,
donde circula la fragancia suave
de su carne que afiebran los anhelos.

Constelada de piedras, en sus vuelos,
como a la presa se abalanza el ave,
hacia el Tetrarca macilento y grave
marcha rasando los bruñidos suelos.

Entre ojeras con arte retocadas,
despiden triunfadoras llamaradas
sus córneas que el deleite inmoviliza.

Y, desasido de su capa roja,
tras las caderas de ánfora se arroja
el viejo asirio que el amor hechiza.

II

En la danza los tules se han deshecho,
sólo cubren las joyas su figura,
ligero coselete, a la cintura,
se enrosca como víbora en asecho.

Sobre la esfera mórbida del pecho
fulge un diamante. La feraz gordura
de los flancos de exangue combadura,
opprime un lazo con granates hecho.

Reina el silencio, mientras tiende el Justo
al esclavo inviril, su cuello augusto
que en purpurado arroyo se desata;

y ofrecen a la joven danzadora
la cabeza del Santo soñadora
en la bandeja de luciente plata.

EN LA MORGUE

Es una sala cuyo aspecto inquieta,
en la que el oro de la tarde brilla
sobre los muebles negros. Amarilla
yace en la plancha la infeliz griseta.

Hasta ayer fue la novia de un poeta,
una modesta flor, la cervatilla
que al borde de la clara fuentecilla
hirió de muerte la veloz saeta.

Como el avaro goza en los excesos
de su pasión, los coágulos espesos
el profesor con entusiasmo escruta...

Afuera silba el viento en el follaje,
y parece que flota el blanco traje
de una mujer perdiéndose en la ruta.

XIMENA

En torres y balcones de Zamora
flota el lábaro rojo y amarillo;
el Monarca a la puerta del castillo
espera la falanje vencedora.

Cargado de botín, entre la mora
gente cautiva, el bélico Caudillo
llega, ostentando el imponente brillo
de su incansable espada redentora.

Bajo los pliegues del oscuro velo
que prestigia su célebre hermosura,
Ximena acude, y, con ardiente zelo,

pide venganza que el dolor acrece;
pero el Rey que descubre su tortura
la férrea mano de Vivar le ofrece.

ALMAS GEMELAS

Al Sr. Dr. Dn. Alfredo Baquerizo Moreno
Presidente de la República, brillante es-
critor de "Una Sonata en prosa" y de
"El Nuevo Paraíso", a cuya generosa
acogida se debe la publicación de este
libro de versos.

F. J. F. A.

PROMETEO

C'est le fruit de ton amour pour les hommes.

ESCHYLE - "PROMÉTHEUS ENCHAINÉ".

Trad. Leconte de Lisle.

En lo más agrio del peñón escueto
que el mar cerúleo sin cesar azota,
yace el Gigante, cuya entraña rota
devora un buitre furibundo y prieto.

Al combarse en la cúspide, sujeto,
como hilo de agua, del costado brota
su noble sangre. El cielo se encapota,
atrazan los rayos su zig-zag inquieto.

En ademán sublime, la mirada
al dombo vuelve en que la mano airada
del dios se muestra en cóleras supremas;

nada consigue domeñar su orgullo,
y de las olas entre el blando arrullo,
retumban del Titán los anatemas.

JOB

En la túnica roja de su llaga
irguiendo pasa el centenario busto.
Hasta el sarcasmo, su semblante augusto
en el sadismo del dolor se embriaga.

Por sus pupilas borrascosas vaga,
como un ardor del arenal adusto,
el relámpago triste del disgusto
que es el tormento de su vida aciaga.

¡Salve, pujante lírico del Verbo!
Nada hay más noble que el penar acerbo
que te arrancó flamígera protesta.

Eres la imagen del derecho humano
padeciendo las iras del tirano
con la columna vertebral enhiesta.

HAMLET

Eres, en medio del terrible drama,
la encarnación augusta del poeta
que camina sangrando hacia la meta,
con la frente ceñida en verde rama.

Fué tu acero la duda, y es tu fama
el monólogo triste en que, discreta,
mostrose tu razón ¡oh, noble esteta,
que la neurósis del deber inflama!

Hay en tus labios, por destino adverso,
para el amor, un ósculo perverso,
y maldición para la vida. Inerte

dejó tu fibra un hondo desengaño,
y sólo sufre tu organismo extraño
el horror infinito de la muerte.

FAUSTO

El célebre doctor envejecía
en su cámara gótica cercado
de infolios y retortas. El pasado,
bajo sus grises alas, lo cubría.

Por la vidriera que entreabierto había,
filtraba el viento de la noche helado,
y en el pecho del hombre fatigado
desconocido bienestar vertía.

Cerró el polvoso libro con disgusto,
contrajo el rostro en impresión de susto
al ver la llama borbotar del suelo;

y, en sed ardiente de inmortales goces,
pidió a las Horas con alegres voces
que detuvieran su errabundo vuelo.

MANFREDO

¡ Vástago enfermo del mortal hastío
de su glorioso Padre! ¡ Cuánto es bella
su actitud desafiando la centella
que azota el Alpe deslumbrante y frío!

A la manera de alcotán bravío
que en el nidal a la torcaz deguélla,
el honor de la cándida doncella
hirió de muerte, con placer sombrío.

Nunca ha salido de la humana boca,
—si alegre canta o dolorida invoca,—
una palabra de inflexión tan noble,

como la de este formidable macho,
que tiene la aspereza de un picacho
y la imponente gigantéz de un roble.

PAGINAS SAGRADAS

MAGDALENA

ANTE UN CUADRO DE LA SANTA.

Mujer ilustre de leyenda hermosa,
por amor que fue llama redimida;
guardó tu mente su ilusión querida,
como la miel, el caliz de la rosa.

Cual la garza que cubre cariñosa
bajo el níveo plumón su prole herida,
en tu pecho abrigaste, dolorida,
la imagen de Jesús esplendorosa.

Vivo hechizado de tu rostro bello
que parece flotar en un destello
de rósea lumbre que la vista encanta.

Y suspenso de tí, cuánto me alegra
soñar que vienes con tu mata negra
a ungir, llorando, mi rendida planta!

SUSANA

Para César E. Arroyo

La brisa en sus repliegues bullidores
lleva el polen al caliz que lo anhela;
la luz del astro diamantino riela
en minaretes, cúpulas y alcores.

En la gruta de plácidos rumores
que con frescos ramajes se endosela,
brotan la fuente de perlada estela
y cantan los arpados ruiseñores.

Como salen dos sierpes de la umbría
donde destilan la ponzoña fría,
dejan los viejos las tupidas frondas.

Huye la ninfa al verlos; se estremece;
recoge sus cendales y enrojece,
mientras busca el abrigo de las ondas.

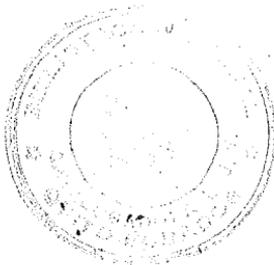
DAMASCO

Alza libre de golas de neblina
el imponente Líbano su cumbre;
brilla el Jordán con mágica vislumbre,
solloza el aire entre la arcada en ruina.

Por la espaciosa ruta campesina
que dora el sol con su quemante lumbre,
presa el alma de viva incertidumbre
en fogoso corcel Saulo camina.

Va levantando opacas polvaredas,
y ya divisa tras las arboledas
de la antigua ciudad las torres blancas.

Súbito hiende el firmamento un rayo,
y el Apóstol futuro, en un desmayo,
rueda al cimbrar de sudorosas ancas.



EL DIVINO APRENDIZ

Para María Piedad Castillo de Levi.

Quietas están las hojas en los prados,
arde el aire en mansiones y cavernas,
al borde de las límpidas cisternas
se tienden los camellos fatigados.

Perfuman la cabaña los granados
con el incienso de sus pomas tiernás;
trepa la red de flores las externas
paredes de ladrillos blanqueados.

Entre el llover de las virutas de oro,
adelgaza José troncos macizos;
hila en su rueca de compás sonoro

la Virgen; y Jesús que es un compendio
del almo sol, con sus sedeños rizos,
sume el taller en prodigioso incendio.

LA CATEDRAL

Para José A. Campos.

En el cárdeno fondo del paisaje,
cual Partenón de mármoles sangrientos,
sus líneas rotas, a los patrios vientos,
alza en protesta del nefario ultraje.

Más que ofensa, la llama es homenaje
cuando a pesar de bárbaros intentos,
la rotonda, partiéndose en fragmentos,
descubre más espléndido el celaje.

Y tiene Francia un múmero tesoro,
como la Grecia en su colina de oro,
los bellos frisos de la vieja usanza.

Minerva es Juana que, en la triste vía,
las grandes almas de los héroes guía
al resplandor fulmíneo de su lanza.

VIDRIERA

Para mi esposa.

Los cuatro Evangelistas, sus figuras
en campo de oro ostentan primorosas;
grises rejas de plomo caprichosas
limitan las ascéticas pinturas.

El arcángel contempla las alturas,
abre el león retinas espantosas,
hurga el ave sus alas membranosas
y el buey sueña en idílicas llanuras.

Clavado de cuchillos punzadores,
un corazón que sangra resplandores
muestra la Virgen. En el cielo opaco,

mofletudos carrillos los clarines
embocan. Cristo, en los maderos ruines,
comba su torso amarillento y flaco.

HOMENAJES

EL VERSO

Para Guillermo Valencia, poeta y orador ilustre

Donde cantan más dulce los turpiales,
y, el cofre de la luz, su pedrería
vuelca en un mar de hirviente crestería
y de flautas sonoras y triunfales;

en el suelo de fuerzas tropicales
del país azul de la Poesía,
prismados y bruñidos por el día
circulan en sus cauces los metales.

Y así salen del pródigo tesoro:
para lo bello, el sonetillo de oro,
joya divina de flexible gonçe;

para gemir la tierna serenata
junto a las rejas, el rondel de plata;
para el odio civil, yambos de bronce.

A LECONTE DE LISLE

(Lápida)

Para cantar tu entrada en el Arcano,
quiero un verso de nítida belleza
que recuerde la clásica pureza
del exámetro de oro virgiliano.

¡Oh, Príncipe del estro parnasiano!
al dejar en la cripta tu grandeza
hay que lucir la espléndida riqueza
de una fiesta de Ceres en el llano.

La cruz humilde ni el ciprés se planten,
águilas negras tu victoria canten,
la noble mirra en las pateras arda.

Y que dancen al son del caramillo,
los Elfos coronados de tomillo,
junto a la estela que tu polvo guarda.

LA VICTORIA DEL POETA

A Remigio Crespo Toral, en su coronación.

Quiero la voz triunfal de la campana,
cuando en la calma del templado ambiente,
sus collares de notas, regiamente,
por el calado torreón desgrana;

para agitarme con temblor de hosana
por el Excelso que el carbón ardiente
sabe aplicar del bíblico Vidente
a su labio, do el himno griego mana;

para anunciar que el Bardo, sus loores,
ceñido de la rama de esplendores,
recita junto al ara promisoría;

y que me fuera permitido entonces,
soltar mis lenguas a romper sus bronces
en un repique atronador de gloria!

SONETO FUNERARIO

[*En la muerte de Ofelia Falquez*]

A Emma su hermana.

Erais pimpollos de una flor hermosa
que el soplo del terral hirió primero;
heredásteis el brillo lisonjero
y, también la fragancia de esa rosa.

Los besos de la luz esplendorosa
y la frescura del raudal parlero,
lo mejor os brindaron con esmero
de su vívida esencia generosa.

Y así han corrido vuestros dulces días
que fueron, como son las alegrías,
rayo de abril, entre las nieblas, breve;

hasta que torpe y descarnada mano,
un airoso botón del par lozano,
entre las sombras, a tronchar se atreve.

EL LIBRO DE POESIAS

(Leyendo uno que fue de la Emperatriz María Luisa)

Para la dulce poetisa del Guayas
señora Angela Carbo de Maldonado.

En el papel finísimo de Holanda
del libro de poemas delicioso,
hay un olor de camarín, saudoso,
con impresiones de su yema blanda.

Como sierpe de oro que se agranda,
la mayúscula está en el anchuroso
margen, do teje ensueño caprichoso
el calado arabesco de su randa.

Con el amor de espíritus hermanos
se dilatan, cogidos de las manos,
los coros de minúsculas iguales;

y derraman la miel de su sonrisa
los cantos que leyó la rubia Luisa
dispuestos en hileras de rosales,

MI BANDERA

In hoc signo vinces.

GUALDA

Es el color de la gallarda espiga,
del metal de los místicos copones,
y del pelo de bucles juguetones
que un lazo rosa con donaire liga.

En los cielos, lo huella la cuadriga
de los bravos y límpidos bridones
de Febo, y se lo admira en los listones
del ágil tigre que el jaral abriga.

De oro son las abejas de los prados,
la hojarasca que rueda por el valle
en otoño, y los frutos madurados.

Y lo es el manto que una rica joya-
libélula de la luz-sujeta al talle
de las majas espléndidas de Goya.

AZUL

El mar de los poetas y pintores,
del amor y la clásica bravura;
el sacro mar que ha visto la hermosura
de Venus emerger de sus hêviores;

la montaña que, henchida de rumores,
sinfoniza en la paz de su clausura;
la cascada que truena en la espesura,
como un órgano inmenso de clamores;

y violetas, zafiros, mariposas,
pupilas de las vírgenes y diosas,
estrofas, porcelanas y tapices;

cielo risueño de la ilustre Grecia,
velas de raso que extendió Venecia;
todo al Azul le presta sus matices.

ROJO

Roja es la sangre que en las venas late
con alto ritmo de salud y vida;
rojo es el vino que a beber convida
en la mesa del pobre y del magnate.

Rojo el pendón que el humo del combate
envuelve en la trinchera enardecida;
roja es la llama que, voraz y erguida,
los decorados pórticos abate.

Rojo el coral del banco milenario
y el rosetón por donde filtra el día
a disipar la sombra del santuario.

Y el tinte que le prestan los pinceles
al costado de Cristo en agonía,
es del rojo de un ramo de claveles.

POEMAS

PLÁTICA ÍNTIMA

[Composición declamada por su autor en la Velada literaria del 13 de Junio de 1917, en la Escuela de Derecho de Guayaquil]

Una tarde en que la luna con desmayos hechiceros
recogía sus cendales de oro pálido y zafir,
junto a un hombre pensativo—cuando entraban los luceros—
con acento en que vibraron los abriles tempraneros,
un garrido adolescente, su hijo amado, le habló así:

—Hay un libro, padre mío, que en tu mesa estuvo abierto,
que en su pasta una doncella desgrefñada ví llorar.
Este libro me ha enseñado que el amor del hombre ha muerto,
que fue un árbol muy frondoso por terral ingrato yerto,
y no hay lluvia que a sus ramas, lustre y savia, vuelva a dar.

Esas hojas me han contado que en perenne guerra el mundo,
por el Odio se aniquila con morbosa actividad;
que este mal es, en las almas, cada instante más profundo,
y que el surco de la espiga nutre el grano rubicundo,
fosa ha sido que la carne fecundara en otra edad.

Este noble hermano mío, de tu numen hijo y gloria,
que mi anciano abuelo trata con gentil predilección;
este Mentor de mi casa, me enseñó la antigua historia
del Derecho sojuzgado por la Fuerza proditoria,
de la Patria moribunda, bajo el pié de la Invasión.

Apoyándome en su diestra, la montaña pedregosa
he subido donde Cristo, por nosotros espiró;
de los Césares malvados en la fiesta esplendorosa,
la cabeza de los Santos, doblegarse como rosa,
con espíritu de duelo mi pupila contempló.

Ví la Roma triunfadora por los Bárbaros talada,
 sus tesoros, en la pira, consternado miré arder;
 y por la amplia ruta blanca de sarcófagos sembrada,
 entre nubes polvorosas, la temible cabalgada
 ha pasado conmoviéndome hasta lo íntimo del sér.

He seguido a los Cruzados por oasis y arenales,
 tras la espada de Gofredo, y de Armida tras la flor;
 en las ruinas de Palmira me han aullado los chacales,
 y a la luz de las estrellas de los palios orientales
 he cantado por instinto, sin saber lo que era Amor.

A los besos de la luna, por la ojiva de colores,
 una esbelta sombra de hada presintió mi corazón;
 salvé el puente del castillo, rendí trasgos y señores,
 y, entre tanto que sonaban los violines gemidores,
 con mi carga salí lleno de entusiasmo hasta el balcón.

Tras esta alba misteriosa del ensueño y la hidalguía,
 do fulgieron, oro y mármol y la púrpura gentil,
 como suave olor de mirtos que embalsama un bello día,
 de la vieja tierra gala, con amor se desprendía,
 para ambiente de almas libres, un perfume más viril.

Y en el diáfano horizonte, como rubia llamarada,
 hirvió en chispas milagrosas el raudal de un nuevo sol;
 entre rayos y hondos truenos, fue a los hombres promulgada
 la conciencia del Derecho, firme, eterna y depurada
 de la escoria de los siglos en un vívido crisol.

Ví rielar entre las sombras, cual un disco, la cuchilla
 que segó tantas cabezas de radiosa juventud;
 ví pasar en la carreta, blanca, impávida y seucilla,
 a Carlota, despreciando la fanática gavilla,
 y a Chénier que abandonaba para siempre su laud.

Yo pensé que el hosco lienzo del pasado desconuelo
 no volviera con sus manchas mis sentidos a turbar;
 pero un genio infausto quiere que otra vez yo mire el cielo
 por las llamas azotado del más hórrido flagelo
 que ni en sueños pudo el hombre de este tiempo adivinar.

Arde el aire, ruge el ponto: cae la torre y se hunde el barco,
 como el grito de mil fieras, rompe el trueno del cañón;
 do fue el claustro de Lovaina, bulle un rojo inmenso charco,

y las cúpulas gallardas donde orara Juana de Arco,
hoy son ruinas venerandas para un noble corazón. . . .

—Cree y espera, dijo el padre. Todo asciende por escalas
deslumbrantes a las cimas del progreso espiritual.
Para el viaje a lo infinito, como el pájaro sus alas,
cambia el hombre su escafandro por mejores nuevas galas,
por la túnica inconsutil de lo bello en lo inmortal.

¡ Pobres Vermes, orgulloso de tu fúnebre victoria
sobre todos los derechos, sobre todo humano bien !
Para el crimen no hizo el hado las coronas de la Gloria,
sino el hierro encandecido que la musa de la Historia
en sus réprobos aplica con olímpico desdén.

Si alma es todo lo que vive bajo mil formas hermosas,
en el lirio de los valles será aliento embriagador,
ritmo puro en el lucero de las noches silenciosas,
lumbre mágica en las piedras de facetas prodigiosas,
y en el hombre del Futuro, salmo ardiente, Verbo, Amor !

MEDIODIA

Para el Sr. Dr. José L. Tamayo.

Derrama el sol de junio, sobre la tierra, el fuego del Trópico fecundo; y a su candente riego derrítense los témpanos de la montaña fría en hilos bullidores que dora el almo día, y van a dar al surco la fuerza generosa con que revienta el grano dentro la espiga airosa. Se oye estallar de besos en los sotos floridos, en la nidada hay trinos, y en el cubil, rugidos.

Es hora del trabajo: activan su tarea, la azada rutilante, la negra chimenea; el yunque gime al golpe terrible del martillo, y sube de los valles la voz del caramillo. Las náyades rosadas, con peines de cristales, al borde de las fuentes de sonos musicales, destrenzan las madejas de sus cabellos rubios que esparcen en las frondas balsámicos efluvios. Ocultos en los sauces de ramos cimbradores suspiran sus endechas los bardos ruiseñores. La abeja sitibunda, despliega las corolas y chupa el néctar fresco de las humildes violas. Los troncos se engalanan con el retoño nuevo, las aves se estremecen para salir del huevo.

En todas las especies, simpáticas o extrañas,
 para nacer, los fetos, sacuden las entrañas.
 El toro lanza el aire que sus pulmones hincha,
 da yegua en celo, hirsuta, por el corcel relincha.
 El mar, como un gigante colérico, de cuajo
 quiere zafar las rocas. Su hirviente escupitajo,
 parece que lanzara contra el plafón sonoro
 a deslustrar el brillo de la custodia de oro
 que formidable diestra mantiene suspendida,
 para bañar el mundo con su esplendor de vida.
 Perdido en los follajes, el caminante busca
 la senda que a la choza del labrador conduzca,
 y mientras se promete beber las dulces linfas,
 por el claro del bosque deslízanse las ninfas.

Arde en amor la tierra. Las fieras pavorosas
 se azotan con las colas las ancas temblorosas.
 Los peces en los lagos erizan sus escamas
 de visos empañados por verdinegras lamas.
 Las brisas no escarmenan el abundoso fleco
 de las espigas blondas, y llevan sólo un eco
 del canto soñolento que entonan las cigarras
 bajo el calado techo de polvorientas parras.
 Es hora en que despiertan estímulos que duermen,
 en que la tierra oprime con efusión al germen....
 Es tu hora, madre Venus; la del pujante brío
 que fluye de las cosas en desbordado río;
 la en que nace la estrofa de límpidas cadencias,
 hecha de ritmos puros, de colores y esencias.

HERMES

AL ATENEO DE GUAYAQUIL

¡Dios eterno, infinito! Sabiduría Suprema!
Tú, que con una palabra del seno de las tinieblas del abismo, hiciste brotar la luz sobre las aguas, salud!

Byron, — "CAIN", act. 1º

Locura del espíritu que el mundo
de lo bello formaste;
recóndita atracción, fiebre del alma
que el numen de Lucrecio
con tus fuegos sagrados inflamaste:
tu sed de luz que el Trópico no calma
con el raudal precioso
de su calor viril; tu noble encanto
haz que desborde en verso numeroso,
por el cráter informe de mi canto.

A la sima en tiniebla pavorosa,
donde al fulgor de cárdenas vislumbres
los gérmenes del sér la vida esperan,
se asoma el Verbo, y rica, luminosa,
la esencia de su espíritu en la impura
matriz de sombras vierte;

salta deshecha en hórridos pedazos
 la cárcel de la Noche,
 y rueda en tumbos la inmortal palabra
 por los cóncavos senos en que el éter
 dispara sus primeros cañonazos,
 y el cactus abre su encendido broche.

Entonces, a través de aquella gasa
 amarillenta y rota
 que, sobre el lago de la vida, flota;
 allá, en el negro *vórtice que crispera*,
 al son de un himno de infinitas voces,
 salta y cunde la chispa
 del oxígeno en círculos veloces;
 y el soberano Espíritu, radiante
 del gozo de crear, embebecido
 mira crecer y convertirse en llama
 de greña rutilante,
 la hebra sutil del fuego prometido.
 Allí se acendra el tipo de la especie
 y se forma la célula fecunda;
 allí, en germen diverso están, la espiga,
 la veta de oro y el insecto rubio:
 todo, en eterna evolución profunda,
 para existir se liga
 en misterioso y férvido connubio.

Como antaño en fingir se complacía
 la dulce poesía,
 que yegua en celo que al azar vagaba
 por cálida pradera,
 sólo a virtud del céfiro nativo
 que amante respiraba,

madre y esposa de las selvas era;
así la Tierra núbil, en sus senos
vírgenes arde por volverse madre,
y en impulso prolífico los colma
de savia que, bullendo, se depura
para salir en abundante plasma
a ser vida en el valle y en la altura.

Marcha del Fuego por las costras frías
de la Materia, como Dios, eterna;
inmensurable fuerza de crisoles
que con dardo frenético pulías
los infinitos soles;
eras el triunfo en el proceso oscuro
de la vida del Atomo,
gloria del Verbo en explosión brillante
y gran batalla por el ser futuro;
campo de siembra ubérrima y gigante,
hervor perenne en la matriz y el huevo,
labor en pro del organismo nuevo
de las formas de ensayo;
tú conservaste la semilla santa
en fecundo trabajo genitorio,
y, con su vermes rico,
hiciste desde el hombre al infusorio;
tú eras la fuerza en arrebató, tea
de inextinguible ardor que purifica,
hoy como ayer, la superficie tosca
donde sus lenguas cárdenas aplica.
Y así ha seguido el salvador esfuerzo
en ascendente perfección de seres
que tienen la existencia deleznable
de las pomas de miel que troncha el cierzo.

Bajo el silencio del olvido yacen
vetustas razas que en las fieras pugnas
del medio sucumbieron;
y sus fósiles negros se deshacen
en el rudo trabajo
de la química oscura de la tierra.
Todo eso fue sobre el planeta un día,
y ya es despojo sepultado, rotas
muestras de saurios y de sílex duro;
de líquen blanco de la selva umbría,
do se ocultó la bíblica serpiente. . . .
Todo eso es hoy al mágico conjuro
de la voz de la ciencia omnipotente!

Y el pensil del Amor, la patria bella
del Hombre estuvo en el perdido suelo
que hoy busca con anhelo
por zonas diferentes.
El Edén, ese valle que la musa
devota se forjó como un paraje
do Satanás vagaba
prevaleciendo en odio;
y en donde Grecia, con mejor instinto,
hizo tocar a Pan su cornamusa
y a las Ninfas, danzar llevando el rostro
en las rosas del sol de mayo, tinto.
Allí, el jardín de opacas arboledas
con dulces pomas de oro,
al cielo alzaba su dosel de sedas
fragantes y lujosas;
el Mar cerúleo, como nunca manso,
coronado de perlas y de musgos
y virgen de la estela de los nautas,

endulzaba su plácido descanso
con los triunfales sonos de sus flautas.
El tempestuoso génesis había
su voz enmudecido,
su voz horrenda que temblar hacía
a la fiera en el antro
y al pájaro en el nido.
En la tierra sagrada,
sólo el trinar gozoso
de las arpas eólias
brotaba en medio de un temblor de luces,
y se perdía en los vistosos cruces
de los patios de mirtos y magnolias.

¿Y todo para qué? ¿Cuál fue el motivo
de tan viva emoción en la Natura?
Era el otoño que doraba frondas,
pieles y escamas con el tibio rayo
de sus pupilas hondas.
El otoño pujante que enarcaba
el dorso de los montes;
que espigas y nenúfares abría
en el trigal y el lago;
que apresuraba el curso rumoroso
de savias y de linfas en las redes
de vasos y de cauces,
y al púrpuro vistoso
un reflejo más fúlgido arrancaba
Y en una rama, sólida y cimbrante
como el nervudo brazo de un gigante,
el Padre de los hombres acopiaba,
en letárgico sueño,
para la mente, el corazón y el numen

la cósmica energía
 que con vivo latir se desprendía
 entre chorros de lumen.
 De repente, un estímulo invencible
 obligalo a dejar el tronco amado
 en los grandes inviernos carcomido;
 y se resbala con pereza al suelo,
 hunde la pata en la mullida grama
 que esmaltan los aljófares del cielo;
 abre los brazos, como el cóndor prueba
 de sus remos titánicos la anchura,
 ensaya el paso, y, con talante firme,
 bajo el palio de rosa de la tarde
 que le brinda su idílica frescura,
 al pensil que adivina
 con mirada serena,
 resuelto se encamina,
 mientras enjambres de errabundas moscas,
 relumbrantes y foscas,
 se le prenden zumbando en la melena.

Horrible era su cara, en que giraban
 dos chispas de ambar fino
 bajo tupido bello.
 Chato era el cráneo de pelaje hirsuto,
 la mandíbula armada de afilados
 dientes para rasgar la fibra dura;
 de bronce el pecho, y el ijar macizo;
 pero aquella fealdad grave, tenía
 el prestigio sublime
 de exhibir la figura
 de un Titán bajo el ámbito rojizo.

Y lleno de vigor y de confianza
en las altas promesas
del Sér omnipotente
que lo sacó, benigno, del marasmo
en que pasado había
—talvez sin esperanza—
luenga mañana de brumosos siglos;
se marcha por lo espeso de la selva,
tronchando los fragantes
ramos de los helechos y begonias,
temblando ante el aspecto de vestiglos
de las hayas y robles
que en la tibia pereza del ocaso
le saludan al paso,
inclinando en su honor las testas nobles.

Camina . . . Su mirada se recrea
con el verde lozano y con el gualda
de las tiernas espigas del otoño.
A medida que tiende sus crespones
la noche silenciosa,
y que termina el afanar del día
con una sinfonía
de las aves, sabrosa;
Adán llega a la falda
de un collado risueño,
y absorto de mirar, más que rendido,
dobla la frente al ósculo del sueño.

La noche era grandiosa: las palmeras
agitaban sus épicas crineras;
las auras por los cármenes huían

ebrias de luz, de savias y de mieles;
en las frondas, pendientes cual bombillos
los insectos ardían;
los trovadores de la selva, el canto
de sus discretas bodas entonaban;
las verdinegras cumbres
sus nácares orlaban
con las golas fluctuantes de la bruma;
pero, en la sombra transparente y fresca,
leves y gruesas formas se movían,
haciendo que el follaje
desgarrara el brocato de su traje;
en tanto que brillaban como puntos
de fósforo mil ojos avisores,
y que en cuevas, zarzales y barrancas,
o en los patios de flores,
chocaban cuernos, cascabeles y ancas.

Era el concierto de la fuerza bruta
que, en tétrico hormigueo,
espiaba el sueño del Varón inerme
con el perverso fin de victimarlo;
pero la garra y la ponzoña fría,
el pico, el casco y la membruda aleta,
no pudieron tocarlo
en su lecho fragante de la umbría;
porque al lado de Adán, terrible y quieta,
la figura de un ángel vigilaba.
Ignorando el peligro, nuestro Padre,
mientras tanto soñaba.
Por la suprema angustia de su rostro,
debieron ser ingratas las escenas
que a la mente de Adán se presentaron:

tal vez adivinó los tristes sínos
de su prole en el tiempo;
tal vez la vió desfallecer en penas
horribles de precitos, en la oscura
cárcel que llama su feliz morada;
quizás del odio y de la negra envidia
sorprendió con dolor el ciego encono
que, o destruye a la sombra con insidia,
o fulmina sus rayos desde un trono.
En el voluble labio
por la traición abierto,
oyó el eco de burlas del agravio
para el mérito cierto.
Como sangrienta mancha,
pasó el cadáver de su Abel querido
a cuestras sobre el ancha
espalda de Caín aborrecido.
La cínica almoneda
en que se infama la mujer hermosa;
los cuerpos destrozados por la rueda
del carro de los vicios, cenagosa:
razas, costumbres, sacerdocios, leyes,
todo, en cuadro de horror apocalíptico
lo descubrió el destino al primer hombre,
cual si quisiera en raptó de despecho
probarle, cruel, que en las humanas greyes.
la libertad es plácida mentira,
el oro es dios, la usurpación, derecho.

Como Venus, del piélagó hervoroso,
surgió la aurora, del oriente, bella,
derramando perfumes y colores
sobre el suelo pomposo

do preludiaban céfiros y alondras
sus tiernas sinfonías.
Del seno de la móvida penumbra,
en alas de la nube
de vapor de beleño,
hasta los cielos la oración se encumbra
de las especies al salir del sueño.
Y al asilo discreto y aromado
del hombre recostado
sobre lecho de mentas y de malvas,
por el tamiz de los boscajes, albas
y tenues llegan las divinas luces
del sol que se alza jubiloso y rubio,
en los hondos espacios que palpitan
al sentir la caricia de su efluvio.
Despierta Adán en sobresalto, y cerca
un cuerpo mira, como el suyo, noble;
pero de corte más esbelto y fino,
de caderas redondas, y elegante
cintura de turgencias armoniosas.
Sedeñas y lustrosas,
las ondas del cabello
por declives magníficos caían
en rojas hebras, sobre el dorso blanco.
De entre los brazos de marfil, surgían
los pechos como frutos de madroño,
con vello crespo orlando las rosadas
mamilas enristradas;
y los ojos de líquidas turquesas,
a las sombras espesas
de las pestañas, su rielar esquivo
prodigaban al Rey hecho cautivo....
Eras la madre universal que al mundo
llegabas con la aurora;
la excelsa Redentora

de la estirpe futura:
Eva la santa, cuyo rostro y brillo
adivinó Murillo
al trazar una célica figura.

Adán la mira con placer creciente
que derrama en sus miembros los sutiles
filtros de amor ardiente.
Cual se afinan las cuerdas de un teclado,
tiemblan sus nervios en viril ringlera;
el beso salta de su boca, alado
como un pájaro joven y valiente;
y, en la cueva de luces cautelosas,
se oye el batir de plumas invisibles
y uno cual suave reventar de rosas.

Sobre tapiz de cándidos jazmines,
Eva y Adán caminan satisfechos
al restallante son de los clarines
de férvidas cigarras.
Desbordando de júbilo sus pechos,
se pierden luego entre frondosas parras
sobrecargadas de su fruto rico,
mientras les sigue la serpiente el paso;
y el sol, como un espléndido abanico
abierto con estrépito sonoro
en ancho fondo de granate raso,
muestra el calado varillaje de oro.

TRENO BOHEMIO

{En el tránsito del Príncipe de los poetas ecuatorianos,
Sr. Nicolás Augusto González y Tola}

*Spiritus et vacuas prius hic tenuandus in auras
Ybit, et in tepido deseret ossa rogo,
Quam subeant animo meritorum oblivia nostro,
Et longa pietas excidat ista die.*

OVIDIO—Elegía Quinta, lib. I.

Cuando del monte en el abrupto flanco,
el aguilucho implume
de remo débil, membranoso y blanco,
en ansias de volar, salta del nido,
y sólo dirigido
por su racial ardor, lánzase al viento,
más que de lucha, de esplendor sediento;
al sentir de su esfuerzo la fatiga,
y turbios ya los ojos de esmeralda,
claros pozos de lumbre,
busca la sombra de la selva amiga
y se desploma de la azul techumbre
Con el perverso fin de estrangularlo,
desentumecen hórridas serpientes
los gruesos eslabones;
preparan en secreto las vesículas
de ponzoñas ardientes;

y en repicar de alegres carrillones
desatan sus vistosas castañuelas.
Advertido del lazo que lo amaga,
el prócero polluelo
recobra presto el heredado brío,
y burlando las pérfidas cautelas
de los reptiles, se remonta al cielo.

Robustecida el ala,
orlado el cuello con gorguera de ébano,
cansado de vencer, y, en sangre tintos
los garfios penetrantes
que afilara en el bloque de los plintos
de las grandes montañas;
a prueba sus pupilas coruscantes
de incendios en el bosque y el espacio;
paladín de magníficas hazañas
que no le cabe el odio dentro el pecho,
deja la calva roca inaccesible,
y de contrarios aires a despecho
desciende a las marañas pavorosas,
do se ocultan las sierpes venenosas;
y desplegando el fúnebre plumaje,
como un gran abanico,
hunde, irritado, en las escamas de oro
las corvas garras y el cortante pico

Así el Poeta, cuya infausta muerte
en insonoro treno,
cual la Némesis corsa ¡musa mía!
indignada deploras;
desde que henchido el labio de armonía,

en las dulces auroras
de su vida sintió; y ardiendo en numen.
saltara a las llanuras
espléndidas del Arte;
como a Lacón, las recias ligaduras
de las verdosas sierpes
con que la Envidia muéstrase crinada, —
su joven existencia amenazaron.
Pero él sin miedo a la feroz nidada
pasó radiante de entusiasmo y gloria,
si con los pies hundidos en la escoria
del mundo siempre para el bien adverso,
con la frente ciñendo la diadema
de Pontífice máximo del Verso.

Y partió como el Bardo florentino
que con sus trovas alfombró el camino
fragoso del destierro.
Salido con el alba de sus lares
cabe la mansa ría
bordada de palmares;
al pisar otras tierras más dichosas
en pompa lo llevaron
al templo de la docta Poesía.
Y en gajo alterno de laurel y rosas
las sienes le adornaron;
cada paso fué un triunfo,
cada triunfo una fiesta;
y corrieron los años juveniles
del bardo triste de arpa nobiliaria,
en la que hubo conciertos de floresta,
ecos grandiosos de los viejos Andes,
eglógico rumor, acorde y ledó,

del vergel oloroso
 que riega fuentecilla juguetona:
 toda la fuerza lírica de Olmedo,
 y el arte puro y clásico de Llona.

Y al fin cargado de esplendente fama
 que obtuvo en nobles lides
 con los divinos Cides
 de la apolínea rama;
 pero, guardando, como el pollo de águila,
 memoria del ultraje,
 llegó en la tarde a la feraz ribera
 de familiar aroma, en la galera
 de palas resonantes del ensueño,
 cantando un himno a la fecunda Vida,
 bajo dosel de púrpura sedefío,
 al compás de la cítara canora,
 mientras cortaba la bullente espuma
 el áureo cisne de la altiva prora.
 Los vates lo esperaban
 con el beso de rito;
 los jóvenes, al verlo, se inclinaban
 con respeto; y las vírgenes sencillas,
 desde el balcón con arte engalanado,
 arrojaban olientes florecillas
 al pasar el excelso iluminado.
 El Odio, como escuálido granuja
 que derriba y estruja
 absorta muchedumbre,
 no osó lanzar a la inspirada frente
 del trovador vidente,
 el guijarro filudo
 que recogió del lodo;

y fué su duelo a sepultar al triste
recinto de una mísera taberna,
do lo hallaron beodo
a la pálida luz de una linterna.

El triunfo se acercaba
para el lírico Mago
de arpa cristalina;
el triunfo del Cantor con el halago
de que a la luz divina
de su cálido cielo,
— hecha con flores de los bellos sotos
en las patrios edenes, —
una guirnalda fresca
ceñiría sus sienes.
Pero el destino malogró estos votos,
y la cabeza anciana,
en vez de la corona de Quintana
puesta con gracia por gentil Señora,
sintió quebrarse el ánfora del numen
al contacto de espina punzadora....

Revivo en mi memoria
las febriles escenas
de esa noche de gloria;
cuando, junto a discípulos y hermanos,
con la lira de oro entre las manos,
el Vate casi ciego
— como lo estuvo el armonioso griego
Padre de Helena— un cántico rugiente
de Amor y Patriotismo
lanzó a los bordes del oscuro abismo

en que iba a desplomarse prontamente....
 Y, confuso, dejé la humilde ofrenda
 de mi entusiasmo, en las sonoras gradas
 de su encumbrado Trono.
 Era el ambiente de esplendores rico,
 al modo que en los cuadros fulgurantes
 de Gustavo Moreau. Nubes fragantes
 en los techos de asuntos legendarios
 sin cesar discurrían,
 cual si invisibles ángeles, al vuelo
 tuviesen sus bruñidos incensarios.

En el ancho proscenio
 se consumaba el desagravio honroso
 por la Gloria ofrecido
 al triste perseguido
 que vino al mundo, por su mal, con genio.
 Ya lo sabéis, ilusos trovadores
 que con el sistro al brazo
 y presas de divinos frenesíes,
 pasáis cantando por la tierra: el plazo
 no os llega de triunfar, sin que, abundantes,
 se desenjoyen antes
 de vuestras sienes, perlas carmesíes....

¡ Y fué! La muerte con su helada mano,
 los melódicos labios del anciano
 para siempre selló. Las brisas puras,
 no volarán cargando la armoniosa
 voz que cantó desde la humilde rosa
 hasta el lucero que arde en las alturas.
 Y es fama que bajara Ganimedes

para llevar a las divinas sedes
en una copa de ónice pulida,
como en un tiempo el néctar delicioso,
del Poeta grandioso
la balsámica esencia de la vida.

Los poetas no mueren. Son los genios,
los dioses lares que en la sombra fresca
de la *cella* protegen la familia
y la ciudad gloriosa.
Cuando los véis rendidos
de cansancio en la fosa,
muertos no están ¡oh, Dios! sino dormidos.
Los ojos, como el sol, tienen su ocaso,
y al dar el primer paso
hacia el Azur, el hombre,
sus pupilas, sin fuego para el mundo,
ávidas se abren de esplendor creciente
al influjo celeste de las calmas
de un magnífico Oriente,
en la ciudad eterna de las almas.

ALAS

*Alors, quoi, les enfants? On n'embrasse
pas son père avant de partir?*

JOFRE..

En un campo muy cerca del suburbio
de callejas torcidas, de ventanas
que no se abren al viento de la tarde;
en el campo que baña arroyo turbio,
y, ásperos, ciñen juncos y tempranas
flores silvestres; con marcial alarde,
un grupo de aviadores,
al rayar de un crepúsculo brumoso
preparaba, animoso,
con sus trajes de cuero, los motores.

Febo sacaba su cabeza roja,
desprendiendo las perlas del rocío
de la mañana. Desolado y frío,
por la llanura escueta,
volaba el aire con rumor de angustias,
arrastrando, tal vez de una maceta
oculta en el balcón abandonado,
un vago aroma de gardenias mustias,

y del vetusto clavicordio, el eco
de un *Nocturno* en concierto suspirado
con infantil clamor. . . . Rápido y seco,
vibró el redoble del tambor sonoro
en la diana triunfal y estrepitosa;
y de su tienda, blanca y temblorosa
como el ala de un pájaro gigante,
con su gabán azul bordado de oro
iba saliendo un viejo Comandante.

Se acerca el Jefe anciano a sus pilotos
que cabalgan las máquinas potentes
con el aspecto audaz de los valientes
paladines de Ariosto que viajaban,
por espacios ignotos,
sobre el corcel alado.
Allí les da sus órdenes, los besa
con efusión de padre en la mejilla;
en la revancha atroz los interesa,
y, con afán violento,
hiende, resuelta, el agitado viento,
como banda dealcones, la cuadrilla.

Desgarrones de luz amarillenta
hacen las palas de la rueda loca;
a cada golpe del alón aumenta
el impávido vuelo;
y en la demencia del terrible orgullo
de dormir, como el águila, al arrullo
de truenos y ciclones,
los temibles aviones
hallan estrecha la amplitud del cielo. . . .

¡ Más alto ! y con las rojas cabelleras
de los astros, los ejes zumbadores
se enredan y despiden al espacio
que en combustión riquísima detona, —
manojos brilladores
de profusos caireles de topacio

Como enjambre de moscas que aletea
sobre enorme despojo,
en la ciudad distante, observa el ojo
educado del nauta de los aires,
la loca muchedumbre que serpea
en actitud tranquila.
De pronto, el ávido escuadrón desfila
hacia la mancha negra que, en el blanco
fumoso del paisaje, se destaca;
tiémbla la nave, y del abierto flanco
se desprende la carga asoladora
con el impulso del voraz incendio
que canta, muge, se querella o llora

Vuelve la banda triunfadora al campo
del que partiera al bárbaro exterminio.
El sol proyecta su caliente lampo,
y descubre las naves peligrosas
que, en busca de más gratos panoramas,
se marchan presurosas;
mientras abajo desaparece un pueblo
en un lívido piélago de llamas.

GROQUIS BELGA

EN LA CAMBRA

Para Luis Vernaza.

El sol de invierno es una triste ficha
lanzada en el tablero del espacio;
en lo más hondo de la selva blanca
el viento pasa con rumor de olvido,
y en el tronco del álamo roído
se esconde el ave. En la podrida banca,
un viejo de siniestra catadura
su copla canturrea;
y en la charca verdosa,
la rana escandalosa
perdida entre los juncos chapotea.

En la quietud de ensueño
del bosque ventiscoso,
la gris casita con su alar risueño
entre el mustio ramaje se escondía;
junto al Fauno de yeso deslustrado
ladraba un perro tísico, escapado
de su mugriento albergue en la alquería.

Del barrio en que la altiva aristocracia
sus cuarteles ostenta; resonando
la bocina de gama extravagante;
charolado de negro; trepidando
en la calle fangosa,
un «auto» rapidísimo venía.
Pasó a mi lado, y, de su rueda, un pringue
de légamo saltó para la airosa
aleta parda del gabán felpudo
que de la cruda escarcha me cubría.
Y hundiose en el misterio de la tarde
que triste se acercaba,
en dirección al parque conocido;
a la casita alegre como un nido,
donde, impaciente, un hombre lo esperaba.

Era de noche al tiempo que apagado
su camarín rosado,
el auto lúgubre inició el regreso.
A través de los vidrios que, borrosa,
la luz del gas bañaba,
blanco perfil mis ojos contemplaron
de una beldad nerviosa
que en el fondo del carro se agitaba.
Corrí tras élla con empeño ardiente,
y al volver una esquina
—envuelto en humareda de bencina—
paró el carruaje oscuro,
abriose blasonada portezuela,
y en un crujir lascivo
de fantástica tela,
entre el desorden de sus trenzas de oro,
al pisar el estribo
la ví enjugando su abundante lloro

GAJO DE LAUREL

[Oda breve a la Columna de mi pueblo]

Bajo el esbelto grupo de las palmas
del sonoro río
que celebró la cítara de Olmedo,
perdido en el concierto de las almas,
discurre el canto mío
como un débil rumor, sencillo y ledó.

¡Verbo de rocas que el marcial coraje
de mi tierra pregonas en sus días
de intenso regocijo;
columna prodigiosa
en el cálido fondo del paisaje
y en medio de triunfales armonías,
teñida en oro y rosa
de un estupendo disolver de soles,
al desgarrarse los flotantes velos
que te cubren, levantas a los cielos
el épico grandor de mil Queroles!

¡ Venciste, Mago del cincel! El bloque
de la cantera blanca, sumergida
en honda inercia, despertó a la vida
entre espirales mágicas, al toque
que en la randa de piedra
descargaban los filos de tu escoplo;
cuando, ceñida de fragante yedra,
bañó tu frente un inspirado soplo.

Como el genio armonioso de la Francia
hecho de fe, belleza y arrogancia,
del inmenso crisol en donde hervía
el bronce de sus bélicas acciones,
sacó en raptó sublime el monumento
que su heroísmo eternizar debía;
sin pedir el metal a los cañones,
Guayaquil, con los témpanos rotundos
del verdinegro mármol de Florencia
y del Carrara puro cual la nieve
—materiales de clásica excelencia—
a los espacios a lanzar se atreve
la mole augusta que, en gigante salto,
parece que oradar quiere el misterio
con su calada punta de basalto.

¡ Oh, noble Anciana, que en su ardor no esperes
mi voz te injurie, cuando aquí te nombra!
Como del seno de una nueva Ceres
que al universo con su prole asombra,
de tu entraña salieron deslumbrantes
de hermosura, las vírgenes guerreras
que cantan en la lengua de Cervantes

tus glorias, en sus fértiles praderas.
Madre inmortal y egregia, el señorío
de tu antiguo solar no tiene ocaso;
hubo eclipse en tu enorme poderío,
pero conservas impoluto el raso
de tu manto que luz pródiga baña,
y en el que engarzas la encendida rosa
de tu jardín primaveral, España!

Mañana, cuando cesen los festejos
que asordan con su espléndida algazara
este sitio, desde hoy, grande y sagrado;
como se acerca el sacerdote al ara,
vendrá el patriota a demandar consejos
a los héroes que el Genio ha reencarnado
bajo el ropaje eterno de los bronces,
y, en la penumbra de las noches bellas,
quizás los mire descender entonces
al fulgor de las últimas estrellas.

Octubre 9 de 1918.



ROLLA

[De Alfredo de Musset]

FRAGMENTOS

¿El tiempo echáis de menos en que el cielo
era la patria azul de las Deidades,
en que Venus, blanquísima, emergía
del piélago salobre, fecundando
las anchas grietas del ardiente suelo
con perlas que la rubia cabellera
en goteamiento enorme desprendía?
¿Echáis de menos a las Ninfas rientes,
cuando, lascivas, entre niveos lotos,
en cadencioso ondeo,
bogaban a cubierto de los Notos
despertando a los Faunos indolentes
en sus lechos de cañas crugidoras;
cuando las fuentes límpidas temblaban
en sus urnas sonoras
al beso de los púdicos Narcisos
que en sus tersos cristales se miraban;
cuando del sur al setentrión brumoso,
magnífico Coloso,
con el manto sangriento de Nemea,

llevó triunfante en sus robustos brazos
 a la divina Astrea;
 cuando, joviales, los Silvanos iban
 en ágiles cabriolas
 por la red de columpios de la selva,
 rebujados los cuellos en las golas
 de sus barbas, silbando las canciones
 que entona el caminante
 con hondo regocijo,
 al descubrir en el confín brillante
 las alegres cabañas del cortijo;
 cuando todo era grande, hasta la pena
 que desgarraba el corazón del hombre;
 cuando, torpe, adoró lo que a ceniza
 redujera después; cuando ni el nombre
 vergonzoso de ateo
 que hoy loco de entusiasmo diviniza
 en su lengua existió, ni Prometeo,
 hermano de Satán, infeliz era;
 cuando cambiaron tierra, cielo y ponto;
 cuando la cuna del antiguo mundo
 se convirtió en sarcófago profundo;
 cuando al batir del férvido Helesponto
 de las razas del Norte,
 se desplomaba la soberbia Roma
 envuelta en el sudario de los vicios,
 como un templo que mina la carcoma....?

¿Lloráis los tiempos idos
 en que del seno ingrato
 de la Barbarie, hermosos
 los áureos siglos del Amor nacieron;
 cuando el viejo Universo en arrebató

de libertad, los muros pavorosos
de su tumba quebraba con la frente
remozada y ardiente,
como el Lázaro audaz de una leyenda
de vida y de progreso?
¿En horfandad tremenda,
el lapso de embeleso
de los romances de la antigua Francia
— aves de lumbre que al azur tendían
sus alas sonoras—
lloráis también exentos de arrogancia?
¿Añoráis las edades magestuosas
en que seres, paisajes, monumentos,
manto de armiño virginal, flotante,
con orgullo entregaban a los vientos
de la Patria bendita?
Cuando todo en el mundo, a la mirada
romántica, infinita,
de Cristo en avatares sorprendentes
anunciaba la aurora suspirada
por las miserables gentes;
cuando en el frontis del mural castillo
y en el palacio del obispo, el leño
generoso y sencillo
donde expiró el Apóstol, fué promesa
de unión fraterna que subió a las nubes
con las moles de piedra centenaria
de las grises y adustas catedrales
de París, Estrasburgo y de San Pedro,
semejando titánicos querubenes,
cenobitas eternos, fantasmales,
que oraban en brumosas lejanías,
mientras lanzaba el órgano sublime
de Natura, las nobles armonías
del himno gigantesco de victoria .

en honor de los siglos venideros,
 orgullo y pasmo de la humana historia ...?
 Cuando, en fin, demacrados crucifijos
 ostentando el pudor de los marfiles,
 con los brazos abiertos, a sus hijos,
 hoy como ayer hostiles,
 llamaban a la paz dulce y fecunda;
 cuando la Vida, joven y radiante,
 rechazaba al Dolor, y era la Muerte
 con nuestra prole menos iracunda?

No soy ¡oh, Cristo! de la grey sumisa
 que se congrega en tus solemnes templos
 a mendigar tu auspicio;
 no soy de los que van a tu Calvario
 a pregonar ridículos ejemplos
 con las plantas sangrando en el cilicio,
 hiriendo el pecho con brutales golpes;
 yo no me inclino bajo el arco grave
 de silenciosa nave,
 al modo de las ciegas muchedumbres
 que al soplo de metálicas trompetas,
 en las que ruge el himno tremebundo,
 se doblan, como al viento de las cumbres,
 las espigas inquietas.
 En tu palabra, Salvador, no creo:
 he venido muy tarde, según veo,
 a la vida en un mundo decadente.
 De un siglo sin ventura ni esperanza.
 Otro nació sin miedo, irreverente,
 y la legión fremente
 de cometas, heraldos de venganza,
 ha despoblado la mansión ignota

de sus temibles mitos.
En sus elipses de oro,
del Acaso los orbes inauditos,
cual pupilas despiertas, van en coro,
entre las sombras de ilusión inmensa,
moviéndose acordados;
el brazo del espíritu implacable
de los tiempos pasados,
al golfo eterno del olvido arroja
tus grandes serafines mutilados;
y en el monte que baña lumbre roja,
do te clavara el trágico martillo
rasgando los tejidos musculares,
se conmueven las piedras tumulares
del antro en que guardaron tus despojos
los discípulos fieles;
tu gloria ha muerto, y los humanos ojos,
sobre las cruces de ébano bruñido,
ven desprenderse tu cadáver triste
en deleznable polvo convertido....

en honor de los siglos venideros,
 orgullo y pasmo de la humana historia ...?
 Cuando, en fin, demacrados crucifijos
 ostentando el pudor de los marfiles,
 con los brazos abiertos, a sus hijos,
 hoy como ayer hostiles,
 llamaban a la paz dulce y fecunda;
 cuando la Vida, joven y radiante,
 rechazaba al Dolor, y era la Muerte
 con nuestra prole menos iracunda?

—

No soy ¡oh, Cristo! de la grey sumisa
 que se congrega en tus solemnes templos
 a mendigar tu auspicio;
 no soy de los que van a tu Calvario
 a pregonar ridículos ejemplos
 con las plantas sangrando en el cilicio,
 hiriendo el pecho con brutales golpes;
 yo no me inclino bajo el arco grave
 de silenciosa nave,
 al modo de las ciegas muchedumbres
 que al soplo de metálicas trompetas,
 en las que ruge el himno tremebundo,
 se doblan, como al viento de las cumbres,
 las espigas inquietas.
 En tu palabra, Salvador, no creo:
 he venido muy tarde, según veo,
 a la vida en un mundo decadente.
 De un siglo sin ventura ni esperanza.
 Otro nace sin miedo, irreverente,
 y la legión fremente
 de cometas, heraldos de venganza,
 ha despoblado la mansión ignota

de sus terribles mitos.
En sus elipses de oro,
del Acaso los orbes inauditos,
cual pupilas despiertas, van en coro,
entre las sombras de ilusión inmensa,
moviéndose acordados;
el brazo del espíritu implacable
de los tiempos pasados,
al golfo eterno del olvido arroja
tus grandes serafines mutilados;
y en el monte que baña lumbre roja,
do te clavara el trágico martillo
rasgando los tejidos musculares,
se conmueven las piedras tumulares
del antro en que guardaron tus despojos
los discípulos fieles;
tu gloria ha muerto, y los humanos ojos,
sobre las cruces de ébano bruñido,
ven desprenderse tu cadáver triste
en deleznable polvo convertido

LOS ESTABLOS DE AUGIAS

[Versión de Sully Prudhomme]

Para el Sr. Dn. Augusto Aguirre Aparicio.

Augias de Elís, monarca poderoso,
tres mil bueyes tenía
que miraba gozoso
en sus establos. ¡ Cuánto los quería !
Eran el premio que los dioses daban
de este rey a la sabia economía.
Pero, voltario, le tornó el destino
las espaldas al hombre,
y el tiempo adverso, inesperado, vino.
Los sitios de los múltiples rebaños
se abrigaban, desiertos, asquerosos,
eran sólo un espanto: cenagosos
arroyos iban por los hondos caños
de la antigua y real caballeriza,
en que, implacable y lívida, la furia
de la peste causó tremenda riza.
Todo era yermo en la que fue campaña
feliz y rica de matiz y fruto:
deshécho el surco, en aridez la caña,
y huyendo en busca de la sombra amiga

de las ciudades, el ganado enjuto,
 mientras Febo lanzaba desde el cielo,
 indignado de ver tal indigencia,
 sus rayos de oro sobre el mustio suelo.

El rey aislado en su mural palacio,
 al triste pueblo protestar dejaba,
 en tanto que su prole devoraba
 —de juventud y escándalo orgullosa --
 la póstera cosecha.
 Símbolo vano de poder, testigo
 inútil en la estrecha
 situación que la villa populosa
 atravesaba; padre desgraciado,
 más que jefe de un pueblo, su enemigo:
 esto era Augias. El mágico tesoro,
 cauteloso, contaba por la noche,
 sin saber hasta allí que la corona
 no conjura un flajelo, y que el derroche
 fantástico del oro,
 no embellece la tierra ni la abona.
 Así, llorando su vejez sin gloria,
 el rey de Elís vivía
 al mismo tiempo que Hércules venía
 a la infelz comarca.
 Partieron diligentes emisarios
 en pos del héroe de crinera rubia,
 y el lánguido monarca
 le habló de esta manera:
 «Ves los estragos que la peste fiera
 y el tórrido calor exasperante
 causan, amigo, a mis extensos campos;
 la noble reja de vistosos lampos

yace en ocio enervante
en la callosa mano; auras de muerte
envenenan el aire vagoroso:
lava, pues, mis establos, grande Alcides,
y vuélveme el reposo,
que la décima parte de mis bienes
en el momento tienes
que añadas ésta a tus eternas lides.»

Sonrió el hijo de Júpiter, pensando
en los riesgos de próxima aventura,
y grande, como nadie, por el alma,
la fuerza y la estatura,
a la prole del rey díjole en calma:
«Imagino que el peso
del enorme trabajo
será de todos, justicieramente;
pues tocándome, jóvenes amigos,
sólo una parte, impónese el rebajo
que da la proporción en la tarea.
Si alguno de vosotros prestamente
no reclama su lote de fatiga,
dará prueba del ánimo pequeño
que en su pecho se abriga.»
—“Soy domador de algeros bridones,
Crés respondióle al semidiós nervudo,
y al carro jonio, la pareja fosca
que se encabrita bajo el golpe rudo
y ante su sombra, como nadie engancho.
Cuánto gozo al mirar los corvejones
tensos del potro en la veloz carrera,
y cómo es bello su nervioso y ancho
lomo de nieve ¡No hay quien mi ligera

mano aventaje, cuando el haz de bridas
 lleva entre el cerco de polvosa nube;
 cuando modera a voluntad el brío
 de la cuadriga, y el bullicio sube
 del ardoroso estadio hacia el vacío.
 Me gusta un suelo firme y resonante,
 y por el precio de unos flacos bueyes
 no iré a manchar mi planta
 en lodazal inmundo.»
 Phémos responde: «Sin que débil sea
 ni cobarde, desecho la tarea
 por indigna del hombre. En el profundo
 bosque paterno perseguir me encanta,
 en junta de mis ágiles mastines
 de ladrar formidable,
 al jabalí espantable
 que rueda bajo lluvia de venablos,
 en brinco enorme, como un negro bloque
 de la montaña. Limpíen mis establos
 otros, que yo prefiero los sencillos
 placeres de la caza y dulce gloria
 de sentir en mi carne
 el agudo marfil de unos colmillos.»

Y Megas dijo al héroe: «Noble Alcides,
 enséñame a temer. . . Yo en la contienda,
 con púgiles colosos,
 hago crujir sus músculos potentes;
 y, a sus cuerpos ceñido,
 dejo en los torsos huellas persistentes
 de mi brazo fornido.
 Corro y lanzo, tan lejos como nadie,
 el disco; y soy en los distintos juegos

rey sin disputa. Pero ¿desde cuándo
del gimnasio una vil caballeriza
hemos de hacer, groseros, olvidando
que la fuerza a los hombres diviniza?
—Con esmero cuecer la noble masa
de arcilla para un vaso;
modelar, entusiasta, sus relieves;
combar el seno; en espirales suaves
de pámpanos torcer la grácil asa,
y en los contornos breves
la cadena esculpir de las graciosas
ninfas danzando airozas;
nada más aprendí ni saber quiero;
vanos me son los bienes de fortuna
y las grandes hazañas:
amo lo bello», con transporte dijo,
entre cosas extrañas,
el cuarto y último hijo
del rey de Elís, ante Hércules nemeo.
«Quien huye de luchar la varia suerte
es un cobarde, contestó el robusto
vencedor de Pitón. Iré con gusto
a desafiar la muerte,
ora se llame peste, fiera, lazo.
Atleta, cazador, auriga experto,
seguid tranquilos por la oscura senda
de oficios que rechazo.
Tú, sobre todo, corazón abierto
al soplo de las artes:
joven que tiembles de emoción profunda
al contemplar las cinceladas partes
de los bronces que el vulgo menosprecia,
ama siempre las gredas y metales
que hicieron inmortales
a los artistas de la magna Grecia.

En los tiempos de sangre y de rapiña
fuerza es que haya quien ciña
artístico laurel, y enseñe al hombre
rudo a sentir el voluptuoso encanto
que produce tu nombre,
alma del mundo, celestial Belleza!
Parto solo.» Los hijos orgullosos
del mal rey, con irónica aspereza,
al genio de la fuerza despidieron.
Sólo Philé con lágrimas veía,
junto a su viejo padre sonriente,
alejarse entre el polvo del camino
al andante divino
que saludaba el pueblo reverente.

En el silencio fúnebre de todo
lo que la muerte sin cesar destruye,
los establos yacían;
y en la calma del cielo bochornoso,
como se pudre el cuerpo de un coloso,
el impuro trabajo proseguían.
A su vigor pujante la faena
Hércules quiere conformar, y raudo
llega a las puertas de crujientes quicios,
rompe los hierros oxidados, llena
su maza cae; filtran los resquicios
hálito inmundo de la gran cloaca,
y, al fin, entra en la noche de ese infierno.
La araña, en su tugurio sorprendida,
huye soltando las traidoras bandas
que sus zancas felposas
enredan luego en locas zarabandas,
—por las greñas ondosas,

hasta cegar al Fuerte.
Desciende al budial hondo
de muertas aguas tibias,
y con la testa indómita golpea
las vigas del plafondo.
Respiran los titánicos pulmones
el acre olor de los enormes bueyes
que en infectos montones
yacen. Reptiles blandos
se deslizan lucientes por el suelo
que mojan las escarchas; traza un vuelo
macabro en las tinieblas
el murciélago horrible;
y, del techo de nieblas
los voraces enjambres se desprenden
con zumbidos sonoros;
en el robusto cuerpo hincan el dardo,
y el semidiós gallardo
avanza entre las sombras
cubierto de alas de inquietantes oros.

Pronto del sitio los pungentes miasmas
el respirar de Alcides dificultan.
A la brisa de montes y praderas,
su vasto organismo hecho,
vacila; ruge en devorantes asma
el bronceado pecho,
las arterias pletóricas se abultan
en las sienes; y, cárdenos, los labios
se tornan; cede el entusiasmo un punto,
y brota en raptó de vital defensa
de la materia un grito
que, supremo, condensa

su dolor infinito:

«Morir no quiero en el empeño rudo,
salgamos a la luz»; y, como pudo,

a tientas, se encamina

a la puerta, clamando:

«Aire, sol, dones del cielo,

el hombre no adivina

vuestras virtudes claras

sino al perdedor. Sois para el atleta

y el vagabundo, fuente de consuelo

y de tranquilos goces.»

Y se alza sacudiendo la melena

que en explosión de rizos

al viento de la tarde se escarmena;

pensando que si es dulce

aspirar los alisos

yodados de los piélagos, es dura

la suerte del que elige

—do se bifurcan a la humana vista—

no el camino sombroso

de geórgica hermosura,

sino la ruta estrecha

para desgarrarse hecha

la planta el caminante.

Y discurriendo así por la llanura,

Hércules vió la cinta de diamante

del caudaloso Alfeo,

y súbito placer desconocido

iluminó su rostro.

A cada suave ondeo

de las vistosas linfas,

sonriendo imaginaba

que, blanco, se enarcaba

el dorso de las ninfas.

Midió el poder de la triunfal corriente;

Hasta el lecho de nácar reluciente
sus ojos penetraron,
y al bullicioso río
de esta guisa le habló con voz severa:
«Sé propicio a mis fines.
Con tu raudal, espera
mi brazo devolver a los establos
de Augias el nombre que hasta ayer tuvieron.
Ven, pues, enviado de mi augusto padre,
y, juntos, rematemos el trabajo
de barrer las odiosas inmundicias
que se amontonan bajo
las bóvedas oscuras. Ven! Albricias!»

Y pidiendo el concurso de la selva
balsámica y vecina,
sorta el frondoso brote de una encina
y se procura un mazo
que menea con clásico despejo
al incansable esfuerzo de su brazo.
Obrero solitario bajo el dombo
del inflamado cielo
trabaja todo el día;
y al fin de la jornada,
al aire libre el combo
pecho de greñas rojas,
se duerme oyendo susurrar las hojas
al beso de la luna nacarada.
Por el enorme desgarrón, bravío
entra el caudal de espumas, se deshace
en hervidas gavillas
y se retira manso;
tras de breve descanso

en sus verdes orillas,
vuelve al asalto, rugidor, tremendo,
contra los muros frágiles rebota,
se desploman pilares con estruendo,
y atropellado brota
el alud de serpientes y de toros
disyectos, confundidos,
y en enormes islotes
a la vista de Alcides convertidos.
Allí, de pié, sublime, trabajando,
la atlética figura
las ondas azotaban.
No fueron más terribles las tormentas
que entre los agrios bloques
de Scila reventaban,
ni más rudos los choques
de las nadantes proras,
que ese flujo de vastas osamentas
corriendo cuatro auroras.
Del azulado Jonio,
los ágiles Tritones sorprendidos
contemplaron los límpidos cristales
por el hediondo fango ennegrecidos.
Pero al fin el magnífico enlozado
dejaron las furentes avenidas
al retirarse, con primor, lavado.

Y como torna el vencedor radiante,
en sangre tinto a la angustiada villa,
Hércules triunfante
y del pueblo seguido
al palacio regresa.
Sus crenchas abundosas,

la pútrida y espesa
materia destilaban,
y del carrillo las bermejas rosas
envilecidas por el lodo estaban.
No menos bello, pero más terrible,
Alcides parecía—
bajo la luz del día
y entre el inmenso coro
de gentes—el sagrado
cuerpo de un dios tallado
en mármol negro y oro.
Sus miradas altivas, coruscantes,
humillaron las testas petulantes
de los hijos del rey que se mofaban
al ver la noble cara sudorosa
y manchada de cieno.
—«Serás por mis poetas celebrado,
habló el monarca al paladín zañudo
que replicole con su voz de trueno:
«Dadme el precio ofrecido, que fue rudo
el trabajo.—La décima me toca
de tus bueyes».—«La risa me provoca
tal pretensión. Bajo las grandes hoces
de la peste cayeron los testuces
de mi ganado. Toma sus despojos»,
con sonrisa burlona, el miserable
viejo añadió; pero el divino Alcides,
echando por los ojos,
en ira abiertos, vengadoras luces,
así la audacia fustigó de Augías:
«—Por los dioses, que mientes!
Tu impavidez, menguado, me subleva.
Mi pérdida es menor que tu notoria
injusticia.—«Renuncia a la demanda.
Un juego fue lo que ponderas tanto!»

«—Disputa mi ganancia, no mi gloria!»
Y no pudiendo reprimirse el hijo
de Júpiter tonante, al rey, le dijo:
«Taimado, al menos, lavaré este lodo
con tu sangre, y sabedlo, jovencillos:
tú, luchador, que siendo yo un infante
desquijarré el espanto de Nemea;
tú, cochero del carro trepidante
en que tascan el freno
cuatro bestias nerviosas,
que mi diestra rigió las numerosas
cabezas de la hidra;
tú, vencedor de la ágil Atalanta,
que no es más raudó en su correr inquieto
la corza que mi planta;
y tú, Nemrod de los paternos bosques,
que sin ayuda de la flecha, el cuello
cerdoso de la bestia de Erimanto
torcí, montado en su escamosa grupa.
Y si no hubiese, por desgracia, el mundo
espurgado de fieras todavía,
superior a vosotros, por el grande
empeño de lavar vuestros establos,
sin disputa sería».
Y tomando en su diestra vigorosa
el encumbrado trono,
contra el mendaz y su cobarde prole
lo disparó, con ímpetu de encono.
Luégo, llamando al soñador, al dulce
joven Philé, discípulo querido
de las gentiles musas,
lo coronó; por que sincero tuvo,
en vez de burlas, el mejor sentido.
Ardiendo en ira la pupila, esbelto
como una torre, abandonó el palacio,

maldiciendo la suerte
de retar a la muerte
por servir a los viles.
Las mujeres hermosas le seguían
enjugándole el barro con las blancas
telas lavadas en el manso arroyo;
los chiquillos buscaban un apoyo
en el zanco robusto
de su pierna; y los hombres estrechaban
la mano al Héroe poderoso y justo.



INDICE

INDICE

	PÁGS.
Dedicatoria.....	v
José María de Heredia y los Parnasianos.....	vii
SONETOS	
Gobelinos.....	1
GRECIA Y ROMA	
Troya.....	7
Los Centauros.....	8
El Sático.....	10
La cólera de Pegaso.....	11
El rapto de Europa.....	12
Laoconte.....	13
Héctor y Andrómaca.....	14
El tapiz.....	15
Friso antiguo.....	16
El fin de un cortesano.....	17
La muerte de Cicerón.....	18
La granja de Virgilio.....	19
Mesalina.....	20
Lucrecia Borgia.....	21
CUADROS Y BOCETOS	
Agonía del Sol.....	25
El regreso a Cíteres.....	26
Pesadilla.....	27
Anacreónica de hogafío.....	28
Una gitana.....	29
El barco torpedeado.....	30
Aduar en viaje.....	31
Duna de Flandes.....	32
Sangre y arena.....	33
Un lego.....	34
En el Harem.....	35
El buzo.....	36
Los Cruzados.....	37
La ciudad rendida.....	38
VIÑETAS	
A una rosa.....	41
A un río.....	42
Los camellos.....	43
Las vacas.....	44
Los tigres.....	45
La serpiente.....	46
El águila.....	47
La isla de los perros.....	48
El cáliz de Fidas.....	49
El vino.....	50
Biombo japonés.....	51

PASTELES ANTIGÜOS

Envfo.....	55
Soneto bárbaro.....	56
Soneto griego.....	57
Soneto latino.....	58
Soneto medioeval.....	59
Soneto renacimiento.....	60
Soneto Watteau.....	61
Soneto flordelisado.....	62
Soneto imperio.....	63

LA NATURALEZA Y EL ENSUEÑO

D'après nature.....	67
Mañana de octubre.....	68
Claro de luna.....	69
Tarde de batalla.....	70
La baranda.....	71
Versalles.....	72
Brujas.....	73
Cosas viejas.....	74
Lluvia de estrellas.....	75

EL POEMA DE LA MUJER

El sacrificio de Velleda.....	79
Las crímeras.....	80
Dama gótica.....	82
Venus negra.....	83
La tentación.....	84
Salomé.....	86
En la Morgue.....	87
Ximena.....	88

ALMAS GEMELAS

Prometeo.....	91
Job.....	92
Hamlet.....	93
Fausto.....	94
Manfredo.....	95

PAGINAS SAGRADAS

Magdalena.....	99
Susana.....	100
Damasco.....	101
El Divino Aprendiz.....	102
La Catedral.....	103
Vidriera.....	104

HOMENAJES

El verso.....	107
A Leconte de Lisle.....	108
La Victoria del Poeta.....	109
Soneto funerario.....	110
El Libro de Poesías.....	111
Mi Bandera.....	112

POEMAS

Plática íntima.....	117
Mediodía.....	121
Hermes.....	123
Treno bohemio.....	135
Alas.....	143
Croquis belga.....	147
Gajo de laurel.....	149
Rolla [De Alfredo de Musset - Fragmentos].....	153
Los Establos de Augias.....	159

